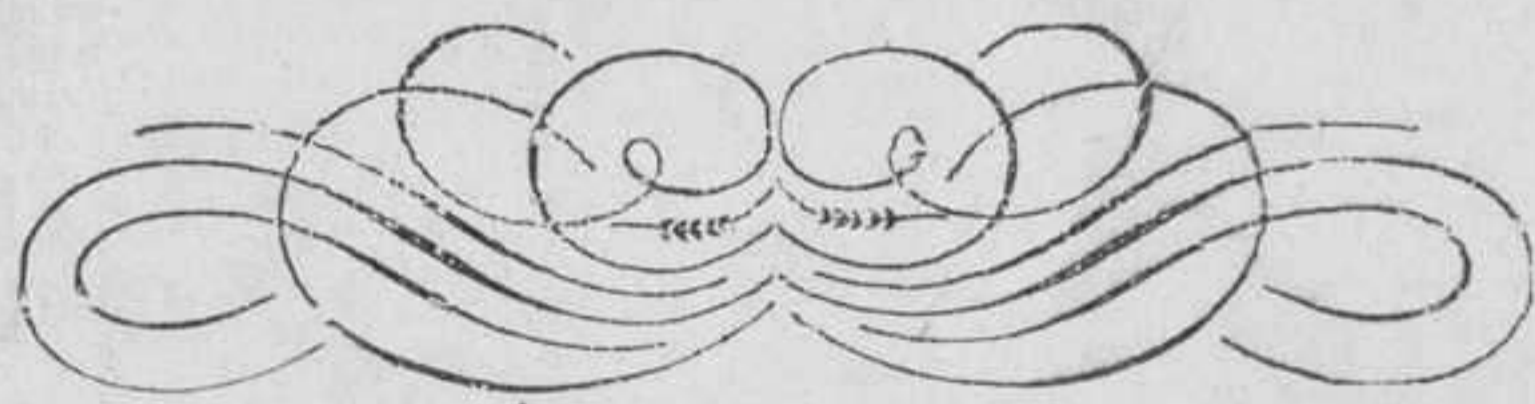


EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO DÉCIMOTERCERO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE ASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4.

1859

CORREO DE ULTHAMA

LA POSTA

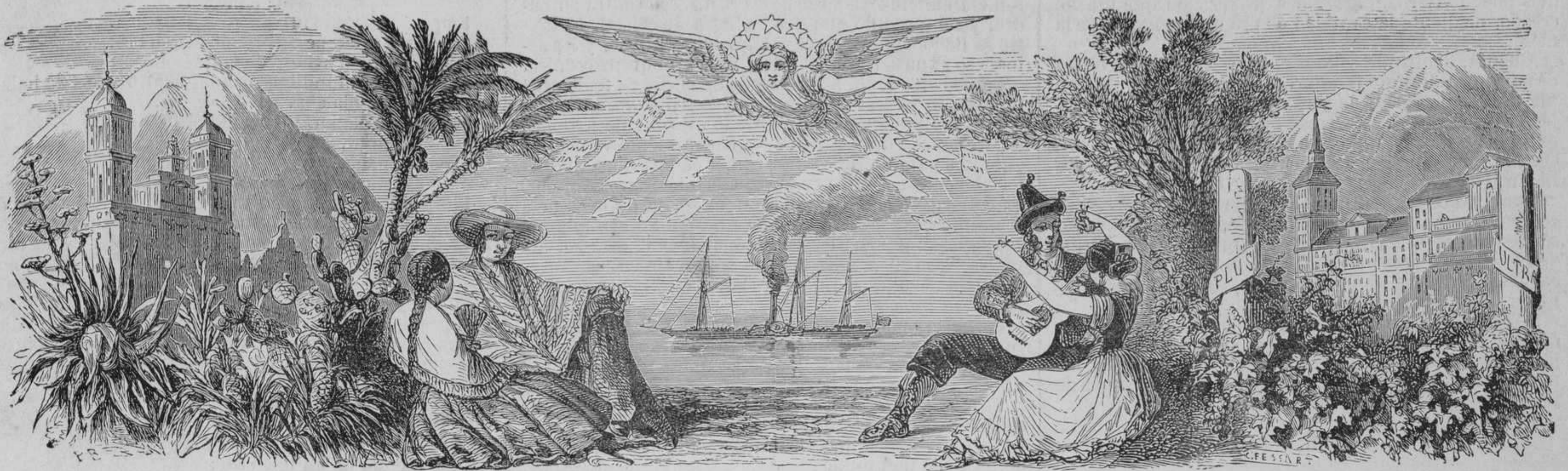
LA POSTA



LA POSTA

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 313.

SUMARIO.

El caid del Ued-el-Kebir; grabados. — Magdalena. — Expedicion de la Cochinchina; grabado. — La catedral de Sevilla; grabado. — Hundimiento del puente del Var; grabado. — Revista de París. — Leyendas americanas. — La Guyana holandesa; grabados. — La feria de las vanidades. — Jardin zoológico de Marsella; grabado. — El Océano, vapor americano; grabado. — Eclipse total de sol; grabado. — Décimas. — Revista de la moda. — Los caballos de raza; grabados.

El caid del Ued-el-Kebir.

Un periódico de Argel publicaba con fecha 23 de noviembre la siguiente noticia :

«Una parte de las tribus de los Uled-Kebir, Uled-Agdann, Uled-Ali, han atacado al caid Bu-Renan, y ha habido una lucha reñida.

» Prontamente advertido el general de division Gastu, comandante de la provincia de Constantina, tomó al punto las disposiciones convenientes para castigar á los revoltosos.»

Esta sublevacion de las tribus de las cercanías de Collo y la expedicion del general Gastu, se refieren á un incidente que ocurrió hace poco tiempo. La causa de la efervescen-



BU-RENAN, CAID DEL UED-EL-KEBIR.

cia y el objeto de las quejas que se dieron, eran el caid Bu-Renan, colocado por la autoridad francesa á la cabeza de las tribus que clamaban contra sus violencias y vejámenes. Como no se oyeron sus reclamaciones ni obtuvieron la destitucion de Bu-Renan, los cabilas se sublevaron; eran unos seis mil, y fueron á atacar á su jefe en su bordj, le mataron una parte de los suyos, y despues de haberle despojado de sus tiendas y del impuesto que habia recaudado para la administración francesa, le obligaron á refugiarse en Constantina.

Para reprimir esa insurreccion se destinó la columna compuesta de unos 6,000 hombres, que representamos en el momento en que sale de la ciudad, con los zuavos á la cabeza.

E. B.

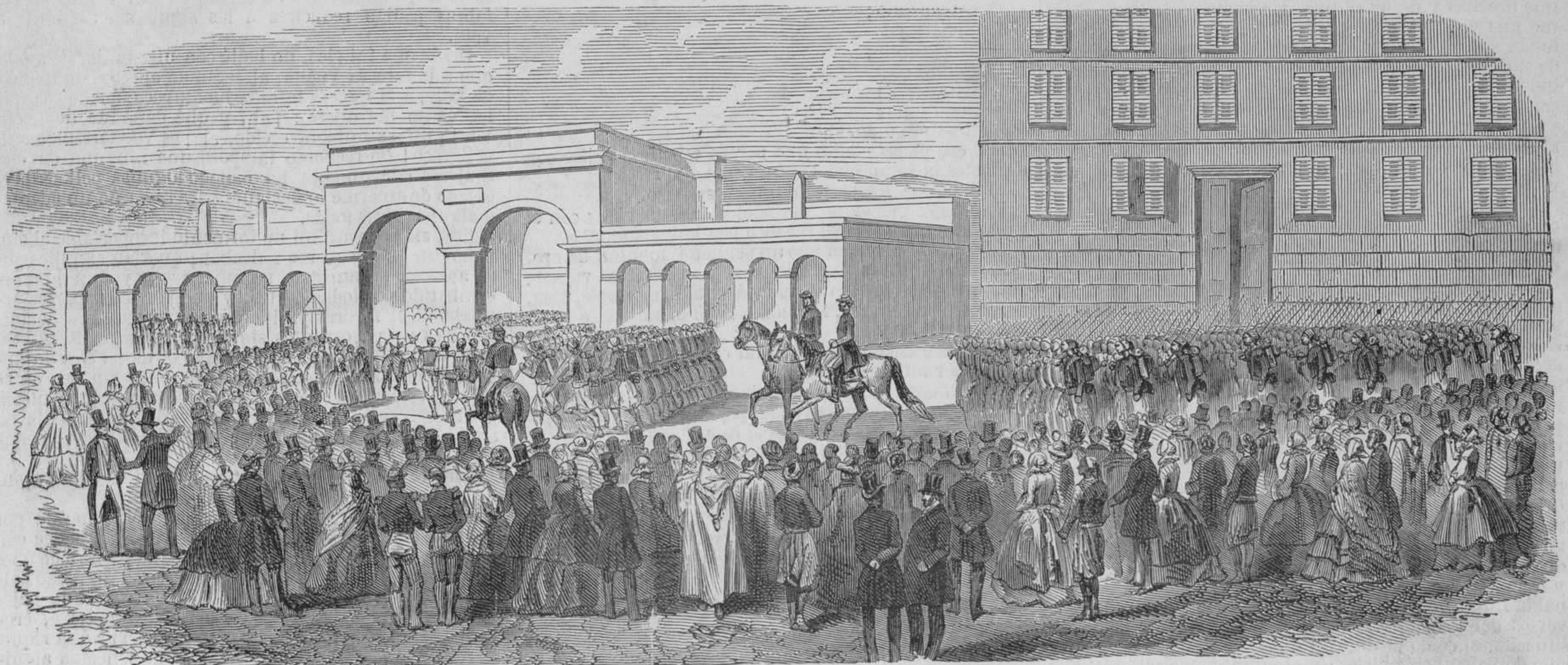
MAGDALENA.

MEMORIAS DE UN ENAMORADO

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

I.

He llegado á esa situacion terrible en que el hombre está cansado de todo, hasta de la vida, en que solo le sostiene una dudosa es-



SALIDA DE CONSTANTINA DE LA COLUMNA EXPEDICIONARIA DEL UED-EL-KEBIR.

peranza : cuando se ha llegado al caso en que me hallo ; cuando esa última esperanza en que se ha reconcentrado toda la existencia se desvanece, no queda otra cosa mejor que hacer que levantarse la tapa de los sesos.

Pongo pues mis pistolas al alcance de mi mano, y espero ocho dias ; solos ocho dias : este es el término que me concede el dinero que me queda : durante ocho dias puedo vivir con arreglo á la posición que me he creado, mediante la cantidad de oro que tengo sobre la mesa.

Además, dentro de ocho dias es la Magdalena, el dia de su santo : aunque la estación es calorosa, habrá en un jardín una velada de verano. No sé porqué esa mujer tan esclava de las formas no ha hecho este año la expedición de costumbre : ahora solo podrán asistir á sus reuniones, periodistas y empleados... y yo, que me he quedado también... porque se ha quedado ella.

Estoy resuelto : dentro de ocho dias se concluyen mis recursos : la falsa atmósfera de riqueza que me rodeaba se desvanece : dentro de ocho dias pruebo por última vez fortuna respecto á ella ; si me rechaza, me mato á sus pies, concluyo dramáticamente, se habla de mí durante ocho dias, y despues nada.

No sé porqué el hombre se queja de la desgracia cuando está en su mano el burlarse de ella, escapando por la ancha puerta de la muerte : cuando escucho los lamentos monótonos de un desgraciado, me dan ganas de reir.

II.

No sé porqué en estos momentos recuerdo con insistencia la primera vez que ví á Magdalena.

Iba á pié y sola.

Parecía que no tocaba al suelo.

Que se deslizaba como un ser divino.

Me acuerdo también de que, á pesar de que su aspecto revelaba á una persona de buen tono, con la cual era necesario no olvidarse de las conveniencias sociales, apresuré el paso, me igualé á ella, y la dije temblando no sé qué torpeza ; pero debió serlo, y de buena ley, porque Magdalena se volvió, me miró, y soltó una de esas carcajadas acres y punzantes que no se olvidan nunca, que nos hacen poner colorados cuando las oímos, y siguen colorándonos cuando nos acordamos de haberlas oído : recuerdo que aquella risa me clavó, por decirlo así, en el lugar en que me encontraba ; que cuando quise reparar, si era posible, mi torpeza, ya Magdalena entraba en un carruaje que sin duda la esperaba.

Entonces me miré y ví... que estaba pobremente vestido ; noté que el viento agitaba mis cabellos demasiado largos ; que mi presentación, en fin, no habia tenido ningun género de pasaporte, ni aun el de una buena cara.

Esto me hizo mucho daño : mi corazón me habia llevado á aquella mujer, y aquella mujer no habia podido ver en mí nada que no fuese ridículo.

Hay acontecimientos que son fatales, y mi encuentro con Magdalena lo fué. Por la primera vez me avergoncé de mí pobreza, y pronuncié el insensato juramento que tantos otros desgraciados han pronunciado antes que yo.

He de ser rico á toda costa, ó morir.

En la resolución de este dilema las diez centésimas partes están en favor de la muerte, ó de un hospital de locos, y las restantes, excepto una, por la infamia, por el presidio ó por el cadalso. Pero esa una, esa excepción, ese lote caprichoso, es bastante deslumbrador para conducir á un desesperado á cualquiera de los otros terribles lotes.

Puede decirse que quien pronuncia un juramento semejante se vende al diablo. Yo, hasta mi encuentro con Magdalena, habia vivido contento con el producto de mis brochas y de mi pluma, vistiendo mal, mudándome una vez de camisa cada semana, comiendo en la fonda á seis reales, y devorando el desinteresado amor de una costurera mas pobre que yo, tan descuidada como yo, y tan indulgente conmigo en materias de celos como yo lo era con ella. Antes de conocer á Magdalena yo vivia contento con mi comida, con mi vivienda, con mi Benita ; despues de conocerla, me sentí humillado, me avergoncé de Benita, de mi figon disfrazado, de mi casa y de mis vestidos.

Entonces trabajé con un ardor febril desde el amanecer hasta puestas del sol en mis paisajes, en mis aguadas, en mis caprichos : desde el oscurecer hasta media noche en mis dramas.

Y paisajes, marinas, decoraciones, fantasías, ya á la aguada, ya al temple, ya al óleo, reflejaban el estado de mi espíritu ; se hicieron terriblemente fantásticos y sombríos, adquirieron un tinte romántico, chillón y despacible que en otra ocasión me hubiera asustado, y que entonces no notaba porque hasta mis ojos estaban saturados con aquel mismo humor acre y sombrío que parecia haber entrado en la composición de mi paleta... en cuanto á la parte literaria improvisé en quince dias un drama en verso en cinco actos ; pero ¡ qué versos, Señor ! y sobre todo ¡ qué drama ! ¡ qué hinchazon, qué hipérboles, qué retumbancia ! En cuanto á los caracteres, ¡ cuánto brochazo de negro y bermellón ! Esto no obstante mis cuadros se vendieron á buen precio, el director de un teatro acogió frenéticamente mi drama, y le puso en estudio. Improvisóse la ejecución como se habia improvisado la obra, y los artistas bramaron los versos del artista, y se retorcieron en las monstruosas situaciones, como el autor se habia retorcido sobre su silla de paja al escribirlas ; y el público aplaudió frené-

ticamente, y aplaudió la *claque*, y llegó el momento en que las luces de la sala se dilataron y oscilaron como aplaudiendo también : fué un éxito completo, un éxito absurdo, un éxito sin igual en los fastos del teatro, ni aun en los buenos tiempos en que Bouchardy hacia gritar á los mudos (es verdad que se estrangulaba á una mujer á oscuras, que se hacian tener convulsiones á una ramera ennoblecida, rebelarse á un hijo contra su padre, y no recuerdo qué mas bellezas de efecto). El teatro se llenó ciento veinte noches consecutivas, y los actores se expusieron á adquirir una bronquitis crónica.

Pero el autor, yo, habia tocado un sueño ; ¡ tenia oro ! mucho oro para el que nunca habia tenido ninguno, en cuyo bolsillo jamás habia entrado dinero sino para desaparecer con una rapidez verdaderamente eléctrica : entonces para vestir, vivir y comer de una manera confortable, pintó nuevos cuadros, escribió nuevos dramas, explotó cumplidamente la segunda época de la escuela romántica, y se hizo rico en un año. Su ejemplo fué contagioso : Bouchardy escribió su *Juan el cochero*, arreglóse al teatro moderno no sé por quién, el *Enrique III*, de Shakespeare, y Paul Feval escribió su terrible *Hermano tranquilo*.

Casi estoy por creer que el contagio, saliendo del continente, atravesó los mares y fué á respirar sobre la virgen sociedad de la Union, esa famosa novela humanitaria : *La choza de Tom*.

El romanticismo triunfaba segunda vez, y todo consistia en que un loco de alma volcánica habia encontrado sobre su camino en un momento dado la mirada de fuego de una mujer.

Fatalidad, pura fatalidad.

.....

III.

¡ El dinero ! ¡ qué importa el dinero ! ¡ el dinero es un agente vulgar ! El dinero no puede hacer felices sino á los tontos, ó á los estóicos ; á un hombre de genio, á un hombre de corazón le hace desgraciado la riqueza.

Prefiero esas medianías que condenan al hombre de talento á una actividad honrosa.

La experiencia, esa terrible disecadora del corazón, me ha demostrado, arrebatándome la esperanza, que la felicidad no se cimenta en el dinero. Rico ó pobre, es necesario tener un temperamento y una posición fatales, precisas, inmutables para ser feliz.

Pero ¿ qué es la felicidad ? la carencia de deseos, ó visto por otro lado, la satisfacción de los deseos.

Lo que yo deseaba era el amor de aquella mujer que se habia reído de mí en mi rostro : estaban interesados en ello mi corazón y mi orgullo : mi corazón, porque su hermosura le habia llenado, como se llena el espacio de luz á la presencia del sol : mi orgullo, porque me sentia humillado por un desprecio grosero que mi conciencia no creia haber merecido por un acto involuntario, espontáneo, preciso, como es preciso el rayo al choque de dos elementos eléctricos. Mi alma necesitaba verla enamorada, mi orgullo contemplarla rendida.

Yo atribuí mi desastre al pobre aspecto á que me reducía mi pobreza.

Yo atribuí aquella insolente risa, no á la situación, no á lo inoportuno é intempestivo del ataque, no á una de esas antipatías pasivas que nos impiden ligar, por decirlo así, nuestra alma á otra alma ; no por cierto : yo lo atribuí á una ostensible diferencia de condicion.

Entonces me dije :

« El dinero es el agente universal en el mundo en que vivimos.

Es la nobleza ;

El talento ;

La probidad ;

El patriotismo ;

La juventud ;

La hermosura ;

La ciencia ;

La educación ;

El buen tono ;

El dinero es todo. »

Y á ese pensamiento que parece repetir á gritos con sus actos la humanidad entera, me dije :

El dinero es todo. — Yo quiero ser rico.

Y trabajé, me afané, empalidecí mis mejillas con el insomnio y debilité mi cerebro con el trabajo.

Logré reunir en un año un pequeño monton de oro. Riqueza relativa, bastante para una empresa vulgar, pero insuficiente para seducir á una dama noble, rica, hermosa, pretendida, inficionada por el ambiente de su esfera social.

Para medirse de igual á igual con Magdalena era necesario ser millonario.

Y escribiendo dramas y pintando cuadros no se hacen millones, aunque los cuadros y los dramas sean mas tenebrosos y románticos que el caos.

Para hacerse ricos en poco tiempo es necesario no retroceder ante la perversidad.

Un comerciante, un industrial, un hombre de genio, puede llegar á los millones, al fin de toda una vida de trabajo, de cálculo y economía.

Para llegar á ellos en poco tiempo es necesario hacerse bribon.

Y no es necesario solo querer serlo, es necesario saberlo ser.

Yo comprendí esta verdad ; veia continuamente á Magdalena ; su indiferencia cada vez mas marcada irritaba mis deseos, y me decidí á ser bribon.

Me arrastraban las dos pasiones mas poderosas que pueden al corazón : el amor y la vanidad.

Me decidí á ser bribon, y supe serlo. Si no hubiera sabido, los otros bribones con quienes me puse en contacto me hubieran despojado.

Aprendí — á ser audaz.

— á hacerme necesario.

— á hacerme temible.

Empecé poniendo mi dinero á ganancia.

Seguí haciéndome agente de elecciones.

Concluí siendo agente de empréstitos.

Resultado : fuí millonario á los cuatro años de haber conocido á Magdalena.

Pero ser millonario me costó :

— La salud.

— El sueño.

— La conciencia.

El sacrificio valia bien mis trescientos mil reales de renta, mi palacio, mis trenes y mi servidumbre.

Llegué á la sueta que me habia prefijado ; llegué cansado, contraído el corazón, seca la cabeza, pero lleno todo mi ser de Magdalena.

Sin embargo, antes de llegar de nuevo á ella, quise que precediese la forma ; para ser objeto por ocho dias de las conversaciones de un gran círculo, basta con tener ciertas disposiciones y saber gastar á tiempo algun dinero.

Un hombre puede ponerse de moda durante ocho dias :

— á costa de una mujer ;

— á costa de un misterio ;

— por medio de un escándalo.

Es necesario practicar, en fin, algun acto retumbante ; hacer alguna víctima ilustre ; y de seguro si aprovechais los ocho dias de la moda podeis hacer suerte.

Era necesario buscar la víctima, y me lancé á la buena sociedad, al alto círculo político y bursátil.

Supe vivir en aquella esfera, y todos me adularon.

Y yo me dejaba adular, porque en el gran mundo la adulación es el termómetro de la posición.

Pero sin embargo, yo veia la verdad seca y desnuda tras aquella adulación. Cuando me decia un marqués, un noble, un hombre de lo antiguo : « nosotros los que pertenecemos á otros tiempos y á otras cosas no podemos dispensar mas que una cortesanía reservada á la aristocracia de la revolución ; » al escuchar aquel nosotros, aquella especie de palabra comunista, yo traducia : me igualo contigo porque necesito estafarte para desempeñar mis rentas gastadas en vicios ; te adulo porque eres rico.

Cuando un literato me asia del brazo al atravesar yo un salon, y siguiendo conmigo me decia con el acento mas sincero : ¡ oh amigo mio ! sus dramas son una verdadera restauración, sus cuadros un retroceso hácia el buen gusto ; yo comprendia perfectamente estas otras palabras :

— Convídame á tu mesa, llévame á tu palco en el Teatro Real, y en tu carruaje al Prado.

Si un agiotista, al entablar conversacion conmigo me decia sobre poco mas ó menos : es Vd. un ejemplo de lo que pueden alcanzar el talento, la actividad y la buena fe : en estos tiempos es una especulación el ser hombre honrado ; yo jamás por mi propio interés faltaria á la confianza que depositara en mí un hombre como Vd. : siempre que oia estas palabras me ponía en guardia, y me preparaba á rechazar la proposición de un negocio en que por mucho que se ganase, yo siempre habria de perder.

Otras veces y en las circunstancias precisas, solia acercárame un agente de elecciones, y decirme : lo que necesita la patria para salvarse son hombres de arraigo como Vd., cuyo puro patriotismo tenga la garantía de una posición honrosamente adquirida ; pero era necesario hacer comprender á los electores... todas estas palabras podian reducirse á las siguientes : á tanto el voto.

Desde que fuí rico, no bailé con una mujer de moda, que á la tercera vuelta, al segundo apretón de mano ó de talle, á la tercera mirada inequívoca, á las pocas palabras no me dijese : ¡ ah, y qué daño me ha hecho Vd. ! ¡ nunca hubiera creído... ! ¡ es Vd. terriblemente peligroso ! No recuerdo tampoco que ninguna de esas mujeres con quienes he bailado algunas polkas haya dejado de amarme lo bastante para sacarme un aderezo ó algunas ricas galas.

Era, en fin, para mí un tormento insoportable el empeno con que todos me rodeaban ; querian significarme su aprecio, su amistad, su amor : era yo un hombre combatido por todas partes, y que por todas partes arrojaba de sí favores y dinero para verme libre de miserables y de prostitutas sin poder conseguirlo nunca.

Es verdad que podia haber huido de aquel círculo emponzoñado, pero en aquel círculo, como un sol entre nubes, estaba Magdalena : aquel círculo era un medio para acercarme á ella, y para vivir dignamente en aquel círculo era necesario dejarse adular y enamorar.

Cuando un imbécil se ve tratado de este modo le acontece lo que al grajo de Lafontaine.

Pero cuando un hombre que se ha enriquecido por medios semejantes á los que se ponen en práctica con él, se siente tratar del mismo modo que ha tratado á los demás ; si este hombre conserva alguna dignidad, alguna pureza en el corazón ; si solo ha usado de bajos medios haciendo un sacrificio para enriquecerse, creyendo que al ser rico seria feliz, y al llegar á la riqueza conoce que solo puede gozar de una felicidad alquilada, ¡ oh ! entonces es necesario envidiar al mendigo,

arrojar el dinero lejos de sí, y no pudiendo recobrar ya la pureza de conciencia que se ha vendido al diablo, levantarse la tapa de los sesos.

Yo creía en la bajeza de todos los que me rodeaban; pero en aquel círculo corrompido aceptaba una excepción: Magdalena.

Si Magdalena no reparaba en mí, esto era una prueba de que no era bastante visible: era pues necesario crecer á los ojos del mundo por medio de un hecho notable.

Me decidí á ser diputado: y no es esto decir que yo creyese que el ser diputado era una gran cosa: lo es todo el que quiere serlo, y ya sabe el país á lo que tiene que atenerse acerca de ellos: pero siendo diputado se pueden hacer cosas estupendas.

— Seré diputado, me dije: todos los gobiernos provocan una oposicion: siempre las oposiciones tienen motivo para atacar á los gobiernos, me haré diputado, y diputado de la oposicion.

El ser diputado me costó mil duros.

El hacer que la prensa me protegiese abiertamente, cuatro mil.

El rodearme de una fraccion poderosa, ocho mil.

Un secreto de Estado, dos mil.

Total: quince mil duros, ó lo que es lo mismo, mis rentas de un año.

Pero pude acometer al gobierno por un flanco vulnerable; acusarle, apostrofarle, amedrentarle y emplazarle en un discurso tan furioso como mis dramas y tan sombrío como mis cuadros, hacerle perder una votacion, por lo cual el ministerio dimitió en masa.

Si yo no hubiera encontrado en la calle á Magdalena, no hubiera contraído el empeño que me hizo rico; no me hubiese visto en posicion de derrocar un gobierno, y sabe Dios cuántas circunstancias se trastocaron, se alteraron, perjudicando acaso, ó favoreciendo á todo un pueblo.

De modo que á veces las causas de grandes acontecimientos suelen ser tan fútiles como el capricho de un hombre por una mujer.

La fatalidad, siempre la fatalidad.

IV.

Si mi ambicion hubiera consistido en ser ministro, en rodearme de una corte de pretendientes, en convertirme en la esperanza de unos, en el temor de otros y en la desesperacion de no pocos; si yo hubiese querido ser esa potencia de quien todo el mundo habla mal, menos la *Gaceta* y el *Diario* de la casa; fácil, facilísimo me hubiera sido ser ministro: he dicho mal: el serlo ó no serlo estuvo en mi mano: yo era el vencedor del pasado gabinete, y por consecuencia mio era el botin de la revolucion.

Las siete carteras de los vencidos habian quedado humildemente á mis piés.

Pero yo no quise vulgarizarme: si yo hubiese guardado para mí la presidencia del Consejo, no hubiese hecho mas que lo que han hecho todos los diputados que han vencido gobiernos: hubieran dicho que queria aumentar mis rentas á costa del presupuesto; que queria monopolizar los destinos, con todo lo demás que se ha dicho, se dice y se dirá de los ministros.

Yo no queria esto: parecíame mas brillante abdicar la posicion de mi triunfo, dar á otro aquella codiciada presa, y quedarme en la noble situacion del hombre de partido que no abandona su puesto ni le vende.

Yo queria hacer lo que ninguno hasta mí hubiera hecho en los modernos tiempos; queria hacerme notable por mi grandeza.

Porque en estos tiempos en que tantos medios absurdos se ponen en práctica pretendiendo llegar por ellos á la posesion de una cartera, debia parecer verdaderamente grande, estupendo, maravilloso, el que yo, apoderado de la situacion, teniendo á mi alcance no solo una cartera, sino la presidencia de un gabinete, las mirase con desden, y dijese á la faz de la patria, de la Europa, del mundo entero: yo no he combatido la inmoralidad y los abusos para abrirme un camino y ser á mi vez inmoral y monopolizador; no por cierto: yo he derrocado un gobierno inconveniente, absurdo, imposible, y aquí me quedo firme en mi puesto para defender el orden, la paz y la justicia; yo soy un hombre de partido, un verdadero campeón de principios sólidos, de ideas conservadoras y altamente sociales, y no he menester para tenerme en mas de lo que soy ese oropel pasajero, esa dignidad ya tan vulgarizada y tan llena de compromisos y conflictos.

Verdaderamente que este desinterés, esta grandeza de alma, debian producir una explosion de entusiasmo: los periódicos debian dedicar largos artículos á mi desinterés, á mi patriotismo: yo debia ser comparado en los tiempos antiguos con Cincinato, en los medios con el rey Wamba, en los modernos con Washington; yo en fin, debia quedar muy por cima de César, de Cromwel y de Napoleon. Yo debia aparecer mas virtuoso que los primeros, puesto que habia resucitado virtudes enteramente perdidas en los tiempos en que vivimos, y de todo punto incomparable con los segundos, despotas feroces que no supieron ser grandes sino esclavizando pueblos y bebiendo sangre humana.

Cuando recuerdo que todos los delirios que entonces pasaban por mi cabeza eran hijos de mi tenaz empeño por una mujer, dudo de todas las grandezas históricas: creo que la humanidad no es otra cosa que una mancion de locos, cuya locura toma este ó aquel carácter

benigno ó terrible, humanitario ó cruel: creo que el hombre nada ha hecho por llegar á la verdad en lo que concierne á su misma especie, y que si Cincinato dejaba la espada de la patria para volver á su campo y á su arado; que si fué preciso que amenazasen de muerte á Wamba para que consintiese en ser rey; que si en fin Washington se retiró á la vida privada despues de haberse hecho independiente el nuevo pueblo del cual habia sido uno de los fundadores, debieron atender antes que á todo á su egoismo, á su interés personal.

¿Acaso no es un precio, un aliciente como otro cualquiera la fama póstuma?

¿Acaso el hombre no es un ser lleno de pasiones, dominado por lo absurdo y lo esclavo de la vanidad?

Si puede buenamente creerse en el escepticismo, yo he llegado al escepticismo mas completo; y digo mal cuando digo que he llegado: el mundo me ha llevado á él.

Porque he marchado de desengaño en desengaño; porque el mundo ha pensado siempre al revés de como yo he pensado respecto á aquellos de mis actos que han estado bajo el dominio del mundo.

Yo creia que despreciando el botin de la victoria, me haria admirar, y encargado de la formacion del nuevo gabinete, en vez de reservarme su primer puesto, le entregué á uno de mis amigos, y le dejé en libertad de elegir á sus colegas.

¿Y qué se dijo de mí?

Se dijo que Luis era mi testaferrero; que queria explotar la situacion sin gastarme; que queria ser en fin un poder oculto, ó por lo menos un alto agente de otro oculto poder.

Esto se dijo desembarazadamente en los cafés, en los paseos, en los salones, en todas partes, y en la prensa se indicaron de una manera trasparente iniquidades contra mí, de conspirador, de ambicioso: se me llamó *caja de Pandora*: se me señaló como el hombre de quien debia temerse todo, incluso un golpe de Estado, y fué necesario dar dinero á los periódicos, no ya para que elogiasen y pusiesen en las nubes mi desprendimiento y mi grandeza, sino para que callasen y no me insultasen mas.

En vano buscaba yo la causa de esta deshecha tempestad levantada en contra mia. En vano queria explicarme porqué se insultaba, porqué se escarnecía á un hombre que habia vencido á un ministerio infame, y habia tenido suficiente desprendimiento para no reemplazarle; yo habia obrado sin duda desinteresada y noblemente; ¿porqué pues aquella biliosa diatriva en contra mia?

No podia explicármelo por mas que iba y venia y me afanaba: era aquello para mí un laberinto, un misterio.

Y sin embargo, la explicacion de este misterio almorzaba conmigo todos los dias, y se presentaba en mi palco todas las noches.

Aquella explicacion era mi amigo Luis: el presidente del Consejo.

Yo no sabia que Luis gozaba en el mundo de una reputacion deplorable; que se le tenia por un tahur de Bolsa, por un hombre enteramente desmoralizado, por un bribon en fin. Yo no lo sabia; pero algunos caritativos anónimos se encargaron de demostrármelo, y no tardé en verme obligado á pretextar una enfermedad para no asistir al Congreso, para evitar el conflicto de tener que atacar los actos de mi amigo Luis como ministro; actos á los cuales no podian compararse ni aun con injusticia los actos de los anteriores ministerios.

No fiando enteramente de los anónimos, habia procurado informarme por mí mismo, aunque de un modo indirecto: no pude tener duda: mi amigo Luis era uno de esos muchos hombres acusados por la opinion pública, que se ven con escándalo al frente de los negocios y que á veces provocan insurrecciones armadas.

Entonces comprendí perfectamente porqué se habia vuelto contra mí la opinion pública; porqué no se apreciaba mi sacrificio.

Yo habia puesto en el poder, en un poder que habia desdeñado, á un hombre impuro del cual la nacion no podia esperar mas que desdichas.

Habia pues una lógica inflexible en la opinion pública al condenarme: yo habia tenido en mis manos el poder y le habia transmitido á un bribon: luego yo no podia ser otra cosa que un bribon.

Desde entonces quedé inscrito en esa larga lista de la venganza que escriben las naciones con sus sufrimientos; yo era uno de tantos vampiros como se disputan la sangre de un pueblo.

Sin embargo, aunque yo habia cometido infamias para crear, para llegar á la riqueza, aquellas infamias no habian sido públicas: habian quedado perdidas en la Bolsa, en los círculos políticos, en el fondo de esa cloaca inmundada de donde salen todos los males, todas las desdichas que afligen á los pueblos.

Yo habia elevado al poder á Luis creyendo de buena fe que seria un buen ministro; acaso para mí solo habia aparecido hasta entonces como un hombre de honor.

De modo que, creyendo hacerme grande, me hice pequeño: queriendo hacerme visible de una manera noble, solo conseguí adquirir una de esas difíciles posiciones que están siempre en lucha, siempre amenazadas, siempre resistiendo: yo que en política me habia creído siempre un hombre independiente, me encontré de improviso atado, unido, encadenado al partido de los estafadores, de los ladrones, de los asesinos, de los concusionarios, al partido en fin de los que se enrique-

cen sobre el presupuesto, y solo se sostienen por el derecho de la fuerza.

Esto me contrarió de un modo incalculable: me retiré enteramente de los negocios: tapé á fuerza de oro la boca de mis detractores, y hubiera huido á devorar la rabia de mi fiasco al extranjero, si no me hubiese contenido aun mi empeño por Magdalena, empeño que crecia de una manera tan absurda, que casi habia llegado á convertirse en una locura.

Con gran asombro mio, yo, que habia querido rodearme de una aureola de grandeza, pensando que acaso podria impresionarla, logré llamar su atencion cuando me encontraba cubierto de oprobio.

¿Me equivocaba yo acerca del alma de Magdalena, á la que yo atribuia todas las virtudes, todas las aspiraciones á lo bello, á lo bueno, á lo santo, y no era mas que una mujer vulgarísima, una mujer corrompida, una mujer de moda en fin, ó era que ella habia comprendido que la opinion pública calumniaba mi alma y me daba la indemnizacion de su aprecio?

Sea como fuese, algunas miradas de Magdalena, algunas palabras cruzadas conmigo en algunas polkas bailadas con ella, algunas cartas recibidas y contestadas en términos generales, que á nada la comprometian, bastaron para hacérmelo olvidar todo.

Ya no quedé delante de mí mas que Magdalena. Magdalena, que al fin se dignaba mirarme, sonreirme, hablarme con voz dulce; esto era demasiado para que mi amor no se desbordase y se dejase oír de ella con todo su fuego, toda su impaciencia, toda su locura, toda su intensidad.

Pero ¡ay! aquello fué una ilusion, el paraiso visto en sueños: fué el contacto de las extremidades de las alas del ángel de la esperanza que pasó junto á mí volando.

Me acuerdo perfectamente de una noche... sí... estábamos en casa de la condesa de... estaba la estacion avanzada y hacia en los salones un calor sofocante.

— Apenas puedo respirar, me dijo Magdalena que se apoyaba en mi brazo; esta atmósfera se corta: hay demasiadas luces.

— El jardin, la dije tímidamente temiendo que viese una intencion demasiado audaz en mi propuesta.

— Sí, sí, me contestó con la mayor naturalidad; el jardin estará demasiado fresco, pero prefiero el frío á este calor sofocante.

Y nos dirigimos á una galería abierta sobre el jardin, al que se bajaba desde ella por una escalera de doble tramo.

Magdalena bajó lentamente en silencio y apoyándose con indolencia en mi brazo los escalones.

Cuando llegamos al jardin, noté con alegría que no habia nadie, y que Magdalena seguia adelante preocupada.

La luna, hermosa luna de abril llena y nacarada, inundaba de luz el jardin, y á su reflejo las sombras producidas por los árboles tenian mucho de fantástico y de misterioso.

Seguimos por una calle enteramente cubierta de césped en silencio los dos, yo estremecido de emocion, abrumado por aquella felicidad no esperada, no dudando si seria sueño el encontrarme solo avanzada la noche, sin testigos importunos, en un jardin lleno de silencio y de misterio, llevando junto á mí, apoyada en mi brazo, á una mujer que habia llegado á constituirse para mí en un principio de vida, el suave contacto de su brazo, la delicada emanacion de su perfume, el ligero chasquido de la seda de su falda, el leve chocar de las joyas de su prendido, una magia en fin misteriosa, irresistible, influia sobre mí y me arrebataba á sensaciones enteramente desconocidas: aquello era una agonía dulce, una vida demasiado recargada de placer, un transporte divino.

En esos momentos se calla, porque el sentimiento profundo, íntimo, la dilatacion del alma no tienen palabras en el lenguaje mortal; esas palabras solo deben pronunciarse los ángeles, esas palabras no se pronuncian en la tierra, pero á veces aparecen escritas en la mirada de una mujer.

Magdalena se detuvo al fin como maquinalmente delante de un asiento de piedra, y me dijo con acento indiferente:

— Gracias á Dios que aquí se respira bien: sentémonos.

Y se sentó.

Yo me senté junto á ella.

La luna nos iluminaba de lleno; Magdalena estaba vestida con esa impura sencillez de nuestros tiempos: un traje de moaré azul con tornasol de oro y volante de encaje negro: muy descotada dejaba ver la redondez de sus hombros, lo mórbido de sus espaldas, su cuello de cisne rodeado por un riquísimo aunque sencillo collar de perlas: la luna arrancaba destellos pálidos en los brillantes de su prendido, y sus hermosos cabellos rubios divinamente peinados aumentaban el encanto, la fascinacion de su hermosura.

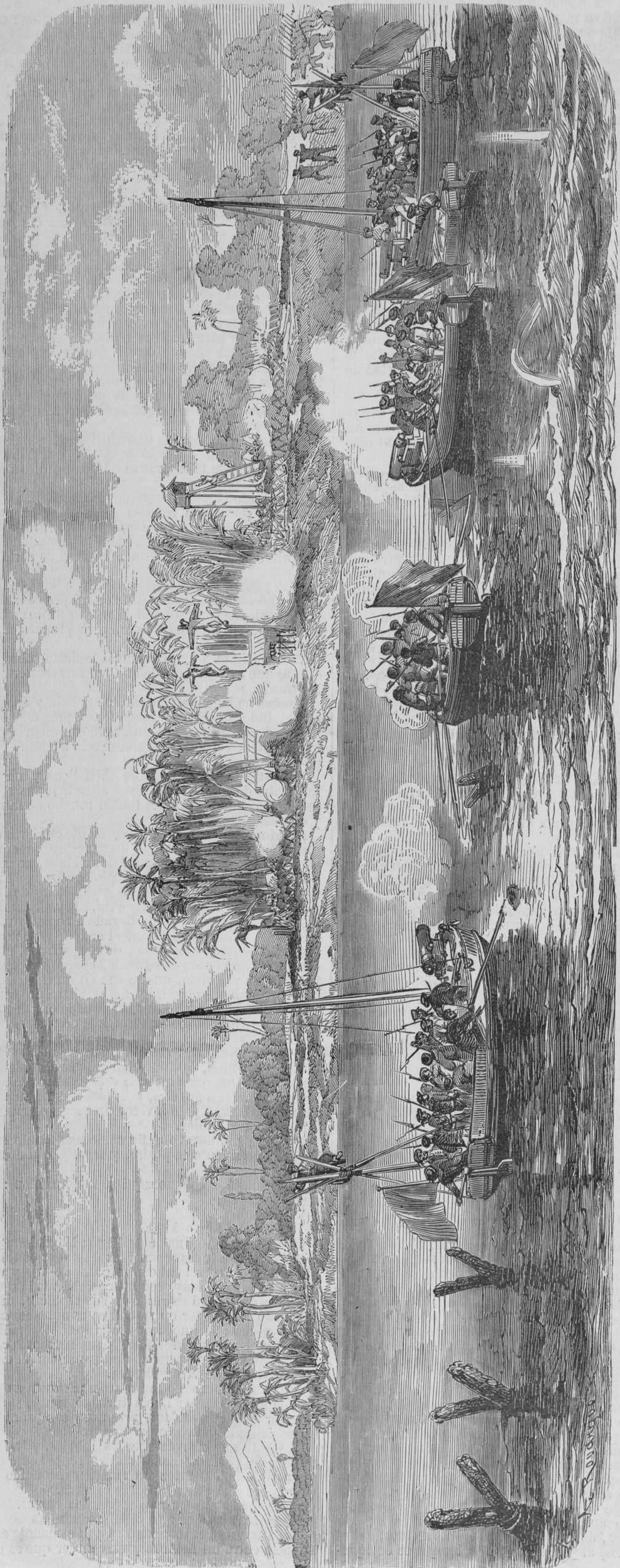
Nunca la habia visto tan hermosa; nunca su serena y diáfana mirada me habia turbado tanto; jamás mi corazon habia latido tan presuroso comprimiendo á duras penas un deseo voraz.

El viento movia levemente los árboles, y traia hasta nosotros el perfume de las flores; escuchábase cerca el susurro de una fuente; un ruiseñor escondido en un álamo cantaba sobre nuestras cabezas.

La excitacion me rodeaba por todas partes.

Magdalena callaba: yo callaba tambien.

Nada hay tan embarazoso ni tan elocuente como el silencio entre un hombre y una mujer que se encuen-



EXPEDICION DE COCHINCHINA.

TOMA DE DOS BATERIAS COCHINCHINAS POR LAS FUERZAS ALIADAS EN EL RIO DE FAIFO.

tran en las circunstancias en que nos encontrábamos ella y yo: el silencio representa temor, encogimiento, duda por parte del hombre, y á veces por parte de la mujer una autorizacion, una provocacion á impulsos que causan aquel silencio, aquel encogimiento.

Sin duda pensó de este modo Magdalena acerca de nuestra situacion, y no queriendo autorizarme con un reciproco encogimiento para nada, me dijo:

— ¿Qué le parece á Vd. de la fiesta de la condesa?

— Me parece, la contesté, que se resiente de las costumbres de provincia de su señor, y no me extraña cuando tantas otras cometen heregias contra el buen gusto á pesar de que comunmente se les presenta como una magnífica muestra la sencillez, la elegancia, el buen gusto, que dominan en las reuniones con que Vd. nos hace felices.

— ¡Bah! dijo Magdalena riendo con una adorable coquetería: ¡las reuniones de una pobre viuda!

— Hay sin embargo en ellas...

— Naturalidad, franqueza..... es verdad; yo quiero que se me trate con lisura, sin afectacion, que no se respeten mas que los límites de la decencia, del decoro.

— Y sin embargo, señora, dije conteniéndome á duras penas, yo conozco alguno á quien ha tratado Vd. con extraordinaria reserva; mas aun, con dureza.

— Hay personas con las cuales toda reserva es poca, dijo con acento ambiguo Magdalena.

— Y hay reservas, señora, que matan.

— Creo que no querrá Vd. darme una leccion de fisiología, dijo ya con alguna impaciencia Magdalena.

(Se continuará.)

Expedicion de la Cochinchina.

Turana 7 de octubre de 1858.

Vamos á señalar otro triunfo de las fuerzas aliadas. Habiendo sabido el almirante que habian llegado tropas numerosas á las cercanías de las rocas de Mármol, dispuso al instante un reconocimiento, y efectivamente el 6 de octubre por la mañana varias chalupas y botes de la division francesa y dos lanchas españolas, bajo las órdenes del comandante del *Gironde*, subian el rio de Faifo.

Nada anunciaba la presencia del hombre: soledad completa, chozas abandonadas. A eso de las diez se presentó un obstáculo; unas estacas enormes clavadas en el agua entorpecian el paso. Pero una hora despues el obstáculo ya no existia.

Cien metros mas allá, una segunda empalizada formada de maderos inclinados reunidos por arriba cerraba otra vez el paso; los nadadores armados de sierras pusieron manos á la obra, y no hubo mas que esperar: la orilla derecha estaba cubierta de cañaverales de bambú que formaban una espesura impenetrable. Habia un sitio entre los bambús donde los mandarines habian colocado dos maniqués de paja crucificados, pintados de color de rosa. Se habria podido creer que eran espantajos para los gorriones; pero nosotros sabiamos que eran la imagen de la suerte que nos estaba reservada. A pocos pasos habia una choza de vigilante; el hombre estaba en su puesto, y era el primero que distinguimos. Una bala de carabina que fué á silbar á sus oidos le hizo ponerse en precipitada fuga.

Mientras se destruía el obstáculo el comandante fué á tierra con algunos hombres. Apenas habia andado algunos pasos cuando unos soldados que estaban tendidos en el suelo, se levantaron súbitamente, descargaron sus armas, y desaparecieron: era la señal.

Del centro de los cañaverales partieron varios disparos de cañon, y las balas silbaron sobre nuestras cabezas y fueron á perderse en el agua detrás de nosotros. La respuesta no se hizo esperar: una lluvia de granadas y de metralla fué á buscar al enemigo en su espesura; sus baterías estaban tan bien escondidas que no podian distinguirse las troneras, pero los dos maniqués nos indicaban la direccion. A la segunda descarga rectificaron la puntería, y las balas que la primera vez fueron mas lejos de donde nosotros estábamos, cayeron ahora delante de las embarcaciones. Sin embargo, nuestros proyectiles no tardaron mucho en introducir la confusion, y al mismo tiempo los tiradores no dejaban respirar al enemigo. En breve las baterías fueron tomadas, ocupadas é incendiadas.

La inspeccion de sus baterías demostró su habilidad en este trabajo; los abrigos eran perfectos, y los aproches impenetrables. Al rededor habia mas de quinientos agujeros de cuatro piés de profundidad; cada agujero, cubierto con una estera encerraba un hombre armado con fusil y lanza; cuando oian avanzar levantaban la estera, disparaban el tiro, y volvian al agujero, de modo que en medio de un campo raso era sorprendente ver salir de la tierra una porcion de soldados con uniformes negros y bocamangas y adornos encarnados en el pecho.

Destruídas las baterías y la estacada, las embarcaciones pasaron á la otra orilla; por este lado se extendia una llanura bastante grande con algunos grupos de árboles.

En el momento en que menos se esperaba, miles de soldados emboscados en la llanura se levantaron de repente, pero fueron recibidos con disparos de carabina y con metralla; los unos caen heridos, los otros se ocultan en las zarzas, cada cual huye por donde puede en el mayor desorden: las carabinas que llevaban la muerte á largas distancias acabaron de desanimarlos.

La hora se adelantaba; las fuerzas aliadas habian re-

corrido el río, y hubieron de volverse despues de haber sembrado el terror en el corazón de aquel ejército que debía exterminarlas. X.

La catedral de Sevilla.

CEREMONIA EN LA ÉPOCA DE LA CONCEPCION.

Durante la octava que precede al aniversario de la Concepcion de Nuestra Señora, del 1º al 8 de diciembre, sigue al servicio nocturno de la catedral de Sevilla una ceremonia singular.

Seis niños ricamente vestidos con trajes de señores del siglo XVII se ponen á cantar delante del altar mayor en el coro de la iglesia, y concluyen por un baile serio con acompañamiento de castañuelas.

Esta figura coreográfica que se ha trasmitido hasta nuestros dias, data, segun dicen, de los siglos IV ó V, y se celebra en conformidad al uso antiguo de los godos, tal como ellos la dispusieron.

El arzobispo asiste á la ceremonia, y cuando se retira entra en una silla de manos dorada con cristales, donde le llevan hasta su palacio. Por el otro lado de la iglesia le precede una cruz doble y unos doce sacerdotes jóvenes con velas encendidas forman su cortejo. El primer dia de la fiesta, el domingo, toda la ciudad se ilumina.

En esta magnífica catedral, que es uno de los monumentos mas grandes y hermosos de la cristiandad, se conserva embalsamado el cuerpo del rey San Fernando.

El Sagrario, capilla ó mas bien iglesia dentro del edificio, pasa por obra de los godos. El patio y la inmensa



CEREMONIA RELIGIOSA EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.

torre llamada Giralda son obra de los moros. Lo restante fué construido por los planos del célebre Herrera.

La Giralda, elevada en 1196 por Al-Geber, tiene 300 piés; en ciertas direcciones se ve á siete leguas de dis-

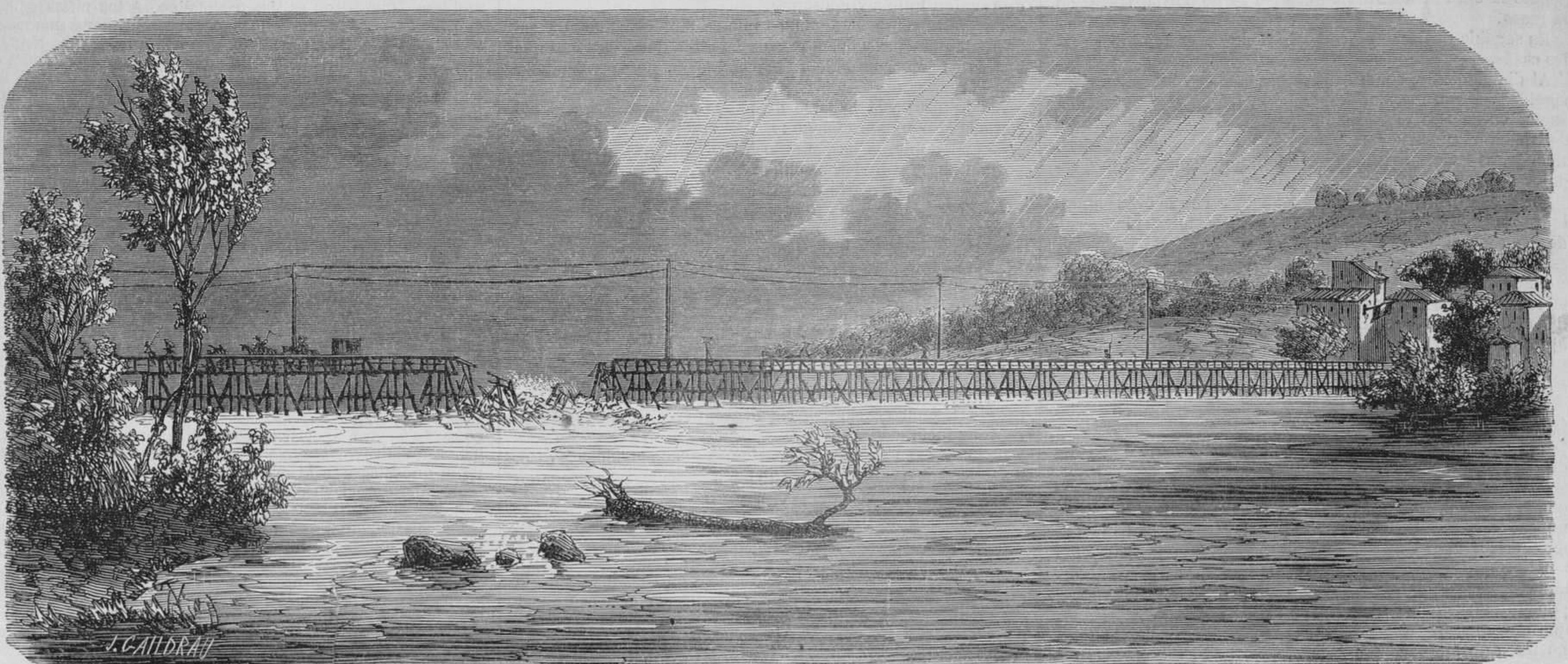
tancia; es cuadrada, y tiene un magnífico campanario construido en 1568 por Fernando Ruiz, que remata en una pequeña cúpula, con una estatua de mujer representando la Fe; su altura es de 14 piés, pesa 2,800 libras, y da vueltas al menor soplo de viento: fué fundida en 1568 por Bartolomé Morel. El reló de la Giralda es una obra maestra que hizo en 1764 un monge agustino llamado José Cordero. A. R.

HUNDIMIENTO

DEL PUENTE DEL VAR

En la noche del 27 de noviembre el Var, que habia crecido considerablemente por las grandes lluvias de los dias anteriores en la montaña, se llevó un trozo del puente de madera que une por Saint-Laurent la frontera sarda con la frontera francesa. Como la fuerza de la corriente no permite que se aventure en ese punto ninguna embarcacion, las comunicaciones se hallan interrumpidas. El daño ha tenido lugar en la parte sarda. Al instante se trató de reparar la obra; mas como otras partes conmovidas ya amenazaban ruina, hubo que aplicarse á conservarlas. No obstante se consiguió restablecer el paso para la gente. En cuanto á las obras de reparacion se emprenderán en cuanto hayan cesado las lluvias y la crecida del Var. El prefecto del departamento ha otrecido á los ingenieros sardos todo el material necesario para apresurar el restablecimiento de las comunicaciones.

El dibujo que acompaña presenta la vista del accidente.



HUNDIMIENTO DEL PUENTE DEL VAR.

Revista de Paris.

El cuadro que vamos á trazar á continuacion, ha inspirado á un autor dramático un juguete escénico que debe representarse dentro de poco. — Un empleado viudo y ya de edad avanzada vivia solo con una hija, á quien queria entrañablemente, jóven muy linda, de una hermosura seráfica, pero de un carácter infernal.

Desde niña se había dado á conocer como una criatura iracunda y frenética; á los quince años la jóven señorita tenia momentos de ferocidad que horrorizaban. La mas leve contradicción la ponía furiosa. Su padre estaba desesperado; la reñía, pero suavemente; habriase dicho que la tenia miedo; pero esta cortedad procedía de su exceso de cariño.

Una vez la habló en estos términos:

— Antonia, con ese carácter no te casarás nunca. Eres capaz de asustar á un capitán de granaderos.

— ¡Qué insulto! exclamó la jóven llorando de rabia y haciendo trizas su pañuelo de encaje; te burlas de mí, quieres humillarme... ¿Dices que no me casaré? Ya verás si encuentro marido.

— ¿Qué hará de tí un marido, hija mia?... Puede que consiga mas que yo, si le regalo un látigo el día de la boda.

Al oír estas palabras Antonia tuvo un accidente, y el débil padre se arrojó á sus piés pidiéndola perdon con las lágrimas en los ojos.

Cuando Antonia volvió en sí, la pegó con la doncella, y sin saber porqué la despidió de casa con malos modos.

El padre indignado quiso demostrar firmeza una vez en su vida. En justa reparacion exigió que la doncella se quedara en casa al servicio de la cruel señorita, y la hizo un regalo.

Pasado el acceso de furia, Antonia que tenia un buen corazón, se reconcilió con la doncella.

Cuatro años despues, Alfonso de X..., enamorado de la belleza angelical de la jóven, la pidió en matrimonio.

Ignoraba las bonitas particularidades de su carácter.

Alfonso era un jóven recomendable bajo todos conceptos; habia concluido sus estudios de derecho, era de una buena familia y poseia un físico agradable.

Antonia lisonjeada con la pretension, manifestó deseos de casarse.

No obstante, el empleado tenia reparo en engañar á Alfonso, y así es que le puso al corriente en secreto de los defectos de su hija.

— Si no es mas que eso, contestó el jóven, concédame Vd. la mano de su hija, que yo respondo de todo.

— ¡Ay, amigo mio! Vd. es un cordero y Antonia es una fiera.

— Yo la calmaré.

— Imposible.

— Créame Vd. Le juro que en poco tiempo Antonia estará desconocida.

— En fin, advertido está Vd...

— La adoro, no tengo mas que decir, y mi felicidad será casarme con ella.

— Corriente, tómelas Vd.; he obrado como un hombre leal, y nada tendrá Vd. ya que echarme en cara.

— Le echaré á Vd. mil bendiciones.

— Así sea, exclamó el padre con un hondo suspiro.

El matrimonio tuvo efecto. Al cabo de un mes ya los criados se habian renovado tres veces.

Alfonso demostraba una sangre fria imperturbable. Al verle se habria dicho que habia cedido toda la autoridad conyugal á su jóven esposa, que no se enfurecia mas de cuatro ó seis veces por semana.

Por último, un día que estaban comiendo los dos esposos, Antonia con un pretexto cualquiera hizo añicos una fuente de porcelana, arrojándola al suelo.

Alfonso juzgó que habia llegado el momento de obrar. Tomó una porcion de platos y los redujo á polvo. Antonia, que no queria ser menos, echó mano á los cristales, y solo suspendió la obra de destruccion cuando ya no quedaba nada en la mesa.

En seguida se desmayó como lo tenia de costumbre en tales casos.

Al día siguiente, como Antonia respondiera una palabra insignificante á su marido, este tomó la iniciativa y dió rienda suelta á la cólera mas espantosa.

Echaba espuma por la boca y sus ojos lanzaban llamas. Hizo trizas cuanto existia en el salon, porcelanas, relojes, espejos y demás adornos.

Durante este tiempo, Antonia sentada y con los ojos atónitos y las manos cruzadas sobre sus rodillas, miraba la escena de destruccion sin desplegar los labios.

La leccion habia surtido efecto.

Pasaron algunos meses sin que se notara ninguna recaída en la enfermedad de Antonia, y Alfonso habia vuelto á ser lo que en los primeros días, el mas suave y bueno de todos los esposos.

Por fin llegó el momento de las explicaciones.

— ¿Me has perdonado, mi querida Antonia?

— ¡Perdonarte! Yo soy quien debe pedir perdon... Te debo tantas gracias...

— ¿Gracias por aquel acceso de ira tan ridículo á que me dejé arrastrar en tu presencia?

— Sí, amigo mio; justamente porque me has hecho conocer que la ira es una cosa ridícula y odiosa, te quiero mas que nunca. Mi padre fué siempre tan bueno para mí y he tenido unos criados tan dóciles, que hasta el día no habia podido ver lo que es la cólera en la gente; la mia la ignoraba porque estaba loca. He visto lo que es... con una vez basta... ¡Cuando pienso que desde niña he dado ese espectáculo á los que me aman, me abochorno... Pero no tengas cuidado, amigo mio; no me sucederá mas.

— Ni á mí tampoco, querida mia.

La moraleja de todo esto en la comedia es que hasta ver

los excesos de un defecto en otro para corregirse uno de ese defecto, si es que se tiene la desgracia de poseerle.

En voz baja y con mucho misterio se cuenta este ardid de una señora del gran mundo para lograr de su marido un aumento en su presupuesto con destino á sus gastos particulares.

Habia pasado el verano en una casa de campo algo distante de Paris, y se acercaba el día de regresar á su domicilio parisiense; pero antes de emprender la marcha tenia que tratar con su esposo esta cuestion importantísima.

— Amigo mio, le dijo, ya sabes que el lujo actual toma cada día mayores proporciones; lo que me señalaste hace dos años para mis gastos de tocador, no me basta.

— Querida mia, contestó el marido, mi fortuna no ha crecido en todo ese tiempo ni tu dote tampoco; te doy lo que me es posible darte.

— Las mujeres no entendemos de esas cuentas; lo que sé es que no puedo presentarme en nuestra sociedad y figurar al lado de las personas que conocemos.

— No obstante, mil quinientos francos por mes, me parece...

— No me bastan. ¿Ignoras el precio de las cosas?

— ¡Paciencia! Hay que conformarse.

— ¿Con que he de conformarme con las humillaciones?

— ¿Con que he de resignarme á ser la mas pobre de nuestra sociedad? ¿Piensas que hice buen papel el invierno último al lado de mi amiga X..., que cada noche lucia un vestido distinto y que iba cargada de alhajas? Sin embargo, ni su marido ni ella son mas ricos que nosotros.

— Su marido es un necio y ella es una coqueta: quiere aparentar riquezas que no tiene.

— Todo el mundo hace de ella mil elogios.

— Todo el mundo cree que está loca. ¿Crees que ha logrado embellecerse con sus adornos?

— Eso no; es fea y de un aire tan ordinario, que jamás podrá distinguirse por su elegancia.

— Y tú, amiga mia, no necesitas nada para estar hermosa.

— No busco lisonjas; voy al grano, y digo que me hace falta dinero. Tres mil francos mensuales: no quiero hacer deudas.

— Pierdes el juicio...

— Nada, nada; todo está muy caro, y sin esa suma no puedo presentarme delante de la gente.

— Pues, amiga mia, me es imposible acordarte lo que me pides.

— Corriente; en ese caso, para probarte que no es pedir por pedir, te indicaré un medio de arreglarlo todo: me sacrificaré al rigor de nuestra situacion.

— ¿De qué manera?

— ¿Dices que no puedes dar lo que necesito para presentarme decentemente en la sociedad? Está muy bien: no me presentaré: pasaré aquí el invierno con mi madre.

— ¿Renuncias á Paris?

— ¿Qué es Paris sin los placeres, sin las reuniones, sin los teatros y sin los bailes?

— ¡Vaya una idea!

— Estoy resuelta á llevarla á cabo; pero no quiero encadenarte aquí; tú tienes tus negocios, y puedes volverte á Paris cuando gustes.

— Pues está convenido.

— Corriente.

El marido decia para sus adentros:

— Ha creído asustarme y entermecerme con su resolucion; pero la he cogido la palabra: veremos como sale del paso.

Pocos días despues el marido regresó á Paris; pero no bien habia pasado en la capital un par de semanas, cuando supo por la correspondencia de su propia señora, que esta habia logrado formarse en su retiro una sociedad que sin ser numerosa como la de Paris, podia tener sus encantos.

Vivia en la vecindad una señora viuda con un jóven de veinte y cinco años, hijo suyo, que debia regresar á Paris en diciembre, y que habia determinado pasar el invierno en el campo con su madre. Estas personas formaban ya un núcleo de reunion íntima y constante.

En presencia de este peligro que se anunciaba con un aspecto tan amenazador, el marido no tenia que hacer mas que una cosa; tomar un billete del camino de hierro y capitular con la reclusa.

Así lo hizo; y al hallarse de nuevo con su mujer, entabló con ella el siguiente diálogo:

— Amiga mia, lo he pensado bien, y veo que me seria imposible pasar el invierno solo en Paris.

— ¿Y vas á quedarte en esta casa?

— No por cierto; mis negocios me lo impiden; te vendrás tú conmigo.

— Es imposible, á menos que...

— Entiendo, entiendo: llenaré la condicion: tú querias hacerme el sacrificio de tus gustos, y yo te le evitaré haciendo un sacrificio pecuniario.

— ¿Me darás los tres mil francos por mes?

— Justos y cabales.

La jóven se quedó pensativa.

— ¿Qué quiere decir eso? exclamó el marido: te doy lo que me pides, y en vez de ponerte alegre, parece que por el contrario te incomodas.

— Es que se me figura que ese gasto puede arruinar la casa.

— No, no; acabo de hacer un buen negocio, y se preparan otros varios que no serán peores.

— Entonces acepto y te doy las gracias. ¿Cuando marchamos?

— Mañana mismo; no puedo detenerme.

No necesitamos explicar que la señora en cuestion se habia entendido con su vecina, la madre del mozalvete, para fraguar esta conspiracion de inspirar celos al marido, proyecto que no podia menos de dar el resultado que la dama se prometia.

MARIANO URRABIETA.

LEYENDAS AMERICANAS

GUACANAJARI.

Yo soy Guacanajari (1), descendiente de los reyes hijos del sol y de la diosa que vive debajo de las ondas del mar en cuevas de aljófares y perlas: ella amó á Vagoniona (2), y le dió las sagradas Cibas y los Guaninos que rodean mi cuello: él engendró mi linaje, que es el mas fuerte y el mas puro de la tierra; á su sombra nacieron todos los hombres en Cazibaxagua (3) y en Amayauna: puso á Machokael (4) de guarda en la gran boca del monte Cauta, y allí colocó el linaje de los nacidos. — Machokael quiso saber de dónde venia la luz: y durante la noche levantó sus ojos al cielo, y se apartó de su asiento: por la mañana vino el sol alumbrando el universo, y quedó convertido en piedra: entonces los hombres salieron de las cuevas de Cazibaxagua y Amayauna y se esparcieron por Haiti, y desde aquel día mi generacion fué la primera, y yo soy el rey de los reyes y el señor de todo lo que baña el mar.

Mis ojos los cerró la mano del ángel de la vida, que apagó mi aliento, y dormí en el sepulcro; sobre mi cabeza descendió un espíritu blanco como la estrella de la mañana, rodeado de azul y de oro; besó mi frente, que se habia convertido en hielo, y sentí abrasado de fuego el corazon; cuando abrí los ojos ya habian desaparecido el espíritu, los montes de Caunaná (5), la vara de la justicia, mi corona y los guaninos de mi padre Vagoniona, y oí una voz del cielo que decia: — «Es necesario dormir para despertar el último día del mundo;» desde entonces descansó mi cabeza en la piedra funeraria, y el soplo de Dios no ha dado vida á mis huesos hasta hoy que penetra debajo la montaña, que me defiende de la inclemencia de las edades, y yo me levanto á llorar sobre mis pueblos.

Haiti.... Haiti.... escucha mi voz de lágrimas; yo soy Guacanajari, rey de los reyes, que alcé la justicia hasta el trono de las estrellas, te infundi el amor á la verdad, y rompí la vara de la ingratitud y del engaño, para que no la soldara nunca la perversidad de los nacidos: yo soy tu padre, el que te enseñó á cultivar la tierra, á curar tus enfermedades y te defendió de los fureros de la maldad y de los estragos y ruinas de tus enemigos...

¡Qué solo estoy, Dios mio!... A mi voz de luto y de tormentos nadie responde... Me rodea la sombra de Vagoniona, y toda mi generacion de reyes. ¡Qué negro es el recuerdo de los últimos tiempos de mi vida! Ellos vienen al través de los siglos atropellándose como una tormenta, á rebatir en mi angustiado corazon... mejor es la quietud de la muerte que este horroroso martirio, en que el entendimiento aturdido tiene que esperar con dolor la onda insondable de los recuerdos amargos. Padre mio, acuesta mi frente sobre el sepulcro, que allí no me despedaza la memoria de los sucesos pasa-

(1) Guacanajari. Era rey en la isla de Haiti: de carácter dulce y hospitalario: vivia á cuatro leguas de la mar en lo interior. El 21 de diciembre de 1492 envió su primera embajada á Colon, pidiéndole que fuera á visitarlo: el almirante le mandó sus capitanes y luego fué á verlo, ajustando con él un tratado de comercio.

(2) Vagoniona. Segun la tradicion haitiana era el padre de los hombres á los cuales tenia encerrados en dos cuevas, sin que vieran el sol: un día mandó al pescador Huacani, su amigo, á las orillas del mar: éste, curioso de ver, se detuvo en ellas, y lo sorprendió la mañana convirtiéndolo enruiñador. Vagoniona entristecido de la desaparicion de su amigo, á quien oia llorar convertido en ruiseñor por la noche, sacó de las cuevas las mujeres y los niños de teta, dejando en ellas solos á los varones. A las madres é hijas las puso en la isla Matinino, que luego se llamó Matalino. A los niños los llevó consigo: oprimidos del hambre y la sed al llegar á una ribera, comenzaron á decir TOA, TOA, que es como, MAMA, MAMA, y se convirtieron en ranas Vagoniona, protegido del cielo, era el único hombre que vagaba á la luz del sol: buscando á su amigo Huacani peribió en el profundo del mar una mujer muy hermosa, se arrojó por verla hasta el fondo, ella lo recibió en sus brazos, gozó con él de los placeres del amor, y le dió unas cuentas de mármol negras, á las que los indios llamaron Cibas; le regaló tambien unas tablillas de aljófar llamadas Guaninos. Estas joyas fueron luego la señal de distincion de los reyes, y las usaron siempre como cosa sagrada, por haber pertenecido á Vagoniona, padre de su linaje y su rey. Los hombres que quedaron en las cuevas como no tenían ni á su señor, ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron, y buscando un consuelo se arrojaban por las noches en las lagunas. En una ocasion al entrar en ellas, vieron de lejos ciertos animales, que en la figura parecian mujeres, y que como escuadrones de hormigas subian y bajaban por los árboles Mirabolanos: cogieron algunos; pero resbalaban como culebras de agua y se les escapaban; buscaron entonces entre ellos los que tenían las manos leprosas, ásperas y llenas de callos y que por este medio las asegurasen: estos que padecian lepra, y se les llamaba Caracoles, fueron á cazar aquellos animales; cogieron cuatro, quisieron usarlos como mujeres; pero los hallaron sin sexo. Llamados á consulta los viejos, les aconsejaron que buscaran al ave llamada Pico, que es el carpintero real, pájaro preciosísimo encarnado, amarillo y negro, el cual con su agudo pico señaló á los animales en forma de mujer, los cuales quedaron convertidos en verdaderas hembras y con ellas extendieron la raza de hombres y mujeres que luego pobló á Haiti.

(3) Cazibaxagua. Era la mas capaz de las cuevas. Amayauna la menor. En ellas tenia Vagoniona encerrados los hombres, las mujeres y los niños.

(4) Machokael. Era el que guardaba las cuevas y los hombres, el cual ni de noche ni de día se quitaba de su entrada.

(5) Caunaná. Así se llamaba la provincia donde se encontraban las dos cuevas de donde creian los indios habia salido el género humano.

dos... ¡Nadie me responde!... ¡el destino quiere que yo cante por última vez los años de mi triste vida.

Oíd, fértiles colinas del Yaqui (1) cubiertas de flores, fresquitos ríos, árboles antiguos como el mundo, vosotros todos los que tenéis un alma dulce, y el sentimiento del amor, escuchad el eco de mi lira. — Yo la he cubierto de hojas de ébano negro, y he mojado sus cuerdas con lágrimas de mi corazón, porque quiero que su sonido sea como el gemido del que llora, como el eco del ruiséñor que muere de tristeza á la sombra de la luna, como el arrullo tímido y melancólico de la tortolilla de los ojos de fuego.

¡Pasaron muchas generaciones... el ángel bueno de la paz había sembrado sus semillas sobre la tierra de mis padres; sus sepulcros estaban coronados de flores, el enemigo no venía á lanzar sus flechas contra mi trono; yo dormía tranquilo en medio de las montañas; la luna velaba mis sueños, y el silencio de la noche envolvía mi cabeza, consolando mis recuerdos!— Desde que nací, no había derramado una lágrima: mis pies pisaban sobre el oro cernido finisimamente para alfombrar mi camino. Ainaima era la madre de mis hijos, que yo amaba, como los árboles el rocío de la mañana. Tenía dos príncipes de la sangre de Vagoniona que iban á heredar las cibas de mi cuello y mi corona. Pero el genio del mal cortó el hilo de mis días felices, rompió las alas al ángel de mi destino, y sentí el presentimiento de la desgracia que no me dejaba respirar; sonó la hora de la amargura, y mi boca probó la hiel...

El sueño desapareció de mis ojos: cuanto ví á mi lado se convirtió en dolor... por tres días no quiso salir el sol; la tierra estaba oscura; el cielo pálido como la hoja del árbol que va á caer; en el horizonte apareció una corona encendida, como la cabeza del monte Cauta cuando vomita fuego, y el mar turbio no recostaba sus verdosas ondas sobre la arena. Aflijo levanté la frente, pedí al Señor del mundo que tendiera su piadosa mano sobre mi tierra de Haití. — Llamé al ruego las vírgenes, los sacerdotes, los sabios y á los que hacían justicia. Todos me rodearon temblando; los ancianos se cubrían los ojos; las vírgenes se postraron de rodillas, y el fuego de los altares apagado sobrenaturalmente no obedeció el frote de la robusta y ligera mano del sacrificador... ¡La maldición había caído sobre la raza de Vagoniona!...

La tribu de mis guerreros, numerosa y fuerte como el bosque de palmas y mirabolanos (2), rodeó mi asiento; el rugido de su furor atronó la tierra; los adivinos estaban trémulos; todos fijaban en mí los ojos; levanté el brazo, y arrancando de mi cuello las sagradas cibas, las arrojé sobre el altar del fuego sagrado: el Tzmes (3) permaneció silencioso; pero el altar resonó con doloroso gemido: los guerreros volvieron al suelo las puntas de sus armas: los butios (4) despertaron de su delirio santo, las vírgenes destrenzaron sus cabellos y mi pueblo lloró torrentes de lágrimas. La maldición había caído sobre Haití, y el tiempo de la desgracia iba á comenzar para siempre.

Mas tarde vino la oscuridad; no había estrellas en el espacio: la luna estaba rodeada de sangre, no refrescaba el aire, el calor sofocaba cuanto existía: las planchas abrasadas morían para siempre... mi pueblo se retiró aturdido á llorar mi pesadumbre... empuñé mi flecha para romper para siempre las alas de mi corazón... pero el ángel bueno detuvo mi brazo y me llevó sobre las rocas á esperar la salida del sol.

Tenía fijos los ojos en el Oriente; la mar comenzó á estrellar sus olas en los arrecifes de la playa; su espuma salpicó mi cabeza, y de mis ojos caían lágrimas de fuego. — El cielo se ennegrecía cada momento mas: de pronto las nubes abrieron en el horizonte anchísima caverna, y por ella salió el Señor del día cubierto de rayos; de rodillas lo bendije: en mucho tiempo no separé los ojos del torrente de fuego con que vivificaba la tierra: luego los volví al Occidente y vi tres (5) animales terribles que sobre las aguas levantaban sus tremendas cabezas tendiendo sus brazos á mi encuentro. — El terror embargó mis sentidos; me retiré de la orilla á las entrañas del monte Cibao (6) y allí, como la paloma aturdida del rayo, caí sin sentido.

Por la mañana me rodeaban mis guerreros: los sacerdotes predecían el último día de Haití: los sabios murmuraban la oración de los muertos; las madres ocultaban entre sus manos las cabezas de sus tiernos hijos, estrechándolos contra el corazón: los ancianos

de rodillas inclinaban sus arrugadas frentes. — Yo levanté mi brazo, que estaba entumecido por la desgracia para llamar mi pueblo; y estirando la cuerda de mi arco de guerra, lancé mi flecha que cruzó las nubes y el Aura (1) que tocaba las estrellas, cayó á mis pies, como herida de la centella... «Haití, le dije, mi Dios me anuncia que viene el enemigo de la mar que aguardaron vuestros padres;» y mi voz resonó por las montañas como el eco del trueno.

El aire se llenó con mi grito que tocó en el cielo... me rodeaban mas soldados que mirabolanos tenía la selva; Caonabo (2), feroz como la tempestad, los mandaba; no había espacio en la llanura del Yaqui para un ejército tan grande de caciques, ¿quién hubiera sido bastante fuerte para atreverse á lidiar con la bravura de Bohechio (3), que era duro como el Hacana (4), con el valor de Manicate (5), astuto como la serpiente, y con aquella raza de capitanes que iban con sus flechas á buscar las águilas cerca de las estrellas? — Yo los veía moverse como escuadrones de nubes, y su grito de guerra era á mis oídos, como el mugido del mar y el rumor espantoso del trueno.

«Paz á mis hijos,» les dije, levantándome sobre lo alto del monte Cauta (6). Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; él derrama la lluvia para hacer brotar el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa; da movimiento á las aguas y por él sucede todo: su dedo señala la tristeza y la alegría, la ruina y la felicidad, la vida y la muerte; él siembra en el corazón de los reyes el odio y la amistad, la paz ó la guerra. Hasta que él no marca el día con su dedo de fuego, hijos de Haití, no ha llegado la hora tremenda de los combates: el Dios de Vagoniona ilumine vuestro corazón, como envuelve mi espíritu inquieto y bañado de lágrimas en dulzura y mansedumbre. — Caonabo, apacigua el furor de tus guerreros, y espárcelos por la llanura; Bohechio y Manicate, dulcifica la ira: caciques y sacerdotes, la paz sea con vosotros; vírgenes de Haití, mi alma no está inoculada con el amargo veneno del odio y la venganza: secad vuestros ojos, que en el fondo de mi espíritu brota la paz y la esperanza como la flor de la primavera que derrama por el cielo sus perfumes.

En aquel momento el eco del caracol refumbó en los montes; mi corazón se estremeció... los guerreros coronaron la tierra, y la llanura que estaba ya tranquila, como cuando se apacigua la mar azul después de una grande tormenta, se llenó de ruido. «Rey de los reyes, gritó el cacique de Maguana; el extranjero pone la atrevida planta en las playas de Haití; su frente es blanca como el fruto de la ceiba; le acompañan tres caciques de Saamoto (7) y de Cuba.» — El extranjero que viene con mis hermanos, les dije, busca la paz de mi corazón, y el alma de Guacanajari lo recibe con la dulzura de la miel.

Y el extranjero llegó hasta mi trono: venía sereno, rodeado de sus soldados como en medio del espacio la luna: su aspecto estremeció mi espíritu. — «Saluda los hijos del cielo,» me gritaron los caciques de Cubanacan (8). Yo tendí los ojos en el horizonte, y después los fijé en su frente; su color era como el de la flor del Espino (9); los ojos centellantes; traía la cabeza coronada de agudísimas puntas; las megillas cubiertas de largos cabellos: envolvía sus hombros y membrudos brazos en un metal mas brillante que el oro de Cibao. — «La paz del buen ángel te acompañe, extranjero, les dije; y por su amor te ofrezco la hospitalidad de mi pueblo y del palacio de Vagoniona.»

Los hijos del cielo besaron mi frente, los estreché en mis brazos; les abrí de par en par las puertas de mi corazón; les entregué mis vírgenes, el recinto de mis tesoros, y les cedí la hamaca (10) nupcial donde Vagoniona engendró mi linaje. El extranjero cerró los ojos al sueño; después de apagar la sed con el agua fresquísimas del coco y el hambre con el maíz y el cazabe (11). Las vírgenes, hermosas como las estrellas, purísimas como las gotas del rocío de la mañana sentadas en tierra, dejaron reposar silenciosas sobre su corazón las cabezas fatigadas de los hijos del cielo... el descanso se apoderó de sus espíritus, veló su sueño como guarda el ángel de

(1) Pájaro de rapiña de color negro y de la especie del águila: se mantiene de carnes de animales ó cadáveres, vive en las crestas de las montañas y vuela cerca de las nubes.

(2) Caonabo. Era un cacique dueño de las minas de Cibao donde tenía sus estados, el cual destruyó la fortaleza que dejó Colon en la isla y mató los españoles: este americano fiero había tomado la resolución de exterminarlos á todos.

(3) Bohechio. El mas poderoso de los caciques y el que vivía mas distante de la Isabela.

(4) Madera fuerte y pesada como el hierro, de la que hacían sus armas.

(5) Manicate, hermano de Caonabo.

(6) Cauta. Era la peña en donde estaban las cuevas de Amayauna y Cazibaxagua.

(7) Saamoto. La cuarta isla descubierta, á quien puso Colon el nombre de Isabela el 27 de octubre de 1492; después descubrió á Cuba que así la llamaban los indios de Guanahará que lo acompañaban.

(8) Cubanacan. Provincia donde los indios dijeron á Colon se encontraba el oro.

(9) Especie de cactus cuya hoja tiene cerca de una vara de largo y dos de ancho: este árbol suele tener tres varas de alto; en el remate da por flor un ramillete de tres cuartas de largo, de la clase de las azucenas, las cuales en su tiempo se marchitan para dejar lugar á un fruto de color de oro y de la forma del nispero del Indostan.

(10) Hamacas. Las camas de hilos de coco y algodón que colgaban de los árboles.

(11) Yaca. Raíz de la especie de la batata, mas dura, menos dulce, y que cocida es glutinosa y de buen sabor.

la muerte la osamenta de los reyes en la puerta arenosa del sepulcro de Vagoniona.

«Guacanajari, me dijeron al salir el sol; Colon, almirante del rey de Castilla y de Leon, es nuestro capitán; él te saluda y te envía paz porque eres bueno: tu hospitalidad es dulce como la miel, y tu corazón es de ángel.» — «Extranjeros, respondí, nunca han llorado mis ojos de tristeza, ni mi alma ha sentido la amargura del remordimiento; mis pueblos viven felices, adoran el sol que les dió la vida, y á Vagoniona que engendró mi linaje. Mi hospitalidad es siempre compasiva, y jamás llegó á mi puerta el que llora sin que mi mano enjugara sus lágrimas.» De mi tesoro descolgué la cabeza (1) del dios de la hipocresía, con sus orejas, su nariz y la lengua de oro macizo, el cinto de huesos sagrados de los peces del mar; entretejidos de hojas de madres perlas, y le mandé aquel presente al jefe de los hijos del cielo.

Al día siguiente, rodeado de los caciques del valle, llegué donde estaba con sus grandes barcos: descendí de mi palanquin, y pisé la arena para llegar á sus tiendas vestidas de colores: de pronto la tempestad levantó las turbulentas ondas: sopló el viento del Norte con el furor de la destrucción; y sus palacios de madera, que no eran ligeros como mis canoas, reclinaron espantosamente sobre las espaldas del mar: el extranjero palideció de miedo: yo corrí á la playa; ante mis ojos se hundió en medio de montañas de espuma, uno de aquellos palacios (2) que le servían de vivienda... Le había ofrecido mi corazón de amigo, y su pena traspasó de dolor mis entrañas. Hice venir á mi pueblo á darle ayuda; saqué del fondo de las aguas sus tesoros; consolé su pena; y cuantas arenas de oro tenía en Marien, cuantas plumas preciosas las aves de las selvas, todas se las di para apaciguar su amargura y consolar su tristeza...

Colon enternecido de amistad, viendo correr mis lágrimas, estrechó mis manos sobre su corazón. Anudé su cuello con mis brazos, y mis guerreros se arrodillaron á besar las huellas de su planta. — «Yo habitaré á tu lado, rey Guacanajari, me dijo; seré tu hermano, y te defenderé de tus enemigos, porque yo tengo en mi poder el trueno y el rayo; á mi furor se estremece la tierra, y caen destruidos á mis mandatos los árboles corpulentos.» Escucha, rey Guacanajari, dijo; y de su lado reventó un volcán (3) de fuego terrible; su estampido resonó por el cielo y la tierra, y la palma que besaba las nubes se derrumbó á mis pies tronchada del rayo. — Me estremecí de espanto. Mis guerreros cayeron de rodillas, y mi pueblo huyó á ocultarse entre las montañas y las profundidades de las cuevas. — «Hijo del cielo, le dije, calma tu poder omnipotente, y detén el furor del monstruo que vomita la centella y despedaza de una manera tan terrible lo mas fuerte de la tierra; yo te he dado mis tesoros y mis vírgenes. — Hijo del cielo, señor del trueno, dame la amistad de tu corazón.»

«Sí, contestó el extranjero: yo te la doy ante mi Dios: ella no te desampará nunca.» Mi alma se estremeció de alegría. Lancé mi flecha al aire llamando mi pueblo; y de las montañas y de los bosques y de las sabanas salieron los caciques y los guerreros y los sacerdotes. — «El extranjero es hijo del cielo azul de nuestro Dios, les grité;» y todos inclinaron la cabeza doblando ante él las rodillas. Yo tenía la frente serena y sonreía; pero mi espíritu estaba melancólico: cruzaban delante de mí los recuerdos del pasado, desenvueltos del velo sepulcral del olvido, y las sombras de los reyes de Haití me ahogaban con sus gemidos; Vagoniona y la madre de mi linaje se presentaban á mi vista como el monton de arena que deshace el furor de las tempestades... dominado por estas imágenes crueles pisé el umbral de Marien (4). ¡Qué triste y qué devorado de pesadumbre estaba mi corazón!...

Cuando entré en mi palacio vino Ainaima, pálida como la muerte á besar mi cabeza: el ardor de la fiebre me consumía: derramó sobre mi frente sus lágrimas puras como el rocío de la mañana. ¡Pobre Ainaima!... ¡Aun estremecen mi alma tus recuerdos! ¡Porque tú fuistes para mí la estrella en medio de la tormenta! ¡Pero mi espíritu estaba dominado por el ángel malo!... yo sentía en mis entrañas el veneno de la fatalidad... Recordé el momento en que nacieron mis hijos: maldije la hora primera de su existencia y la alegría que tuve al bendecir sus cabezas. Ainaima se sentó á mi lado, como el pájaro que estremecido de miedo se salva de la garra del águila buscando amparo en las cavidades de las rocas: sus ojos melancólicos como la luna estaban fijos en los míos que tendían la mirada en el cielo de la noche, sin brotar una lágrima. Mi semblante estaba arrugado por la pesadumbre: presagiaba mi espíritu la desgracia interminable, y había perdido la esperanza para siempre... sentía en el corazón el frío de la muerte... recosté la cabeza sobre los hombros de la pobre y melancólica Ainaima, buscando abrigo en aquella hora de frialdad y anonadamiento... ¡Pobre alma del alma mía!... así me encontró la mañana.

(1) Esta máscara y cinto de huesos de pescado y conchas de nácar fué el primer donativo que Guacanajari hizo á Colon.

(2) El naufragio de la Santa Maria, nave que montaba Colon en el lugar de Punta Santa, por haberse dormido el timonel, confiándole el cuidado de la carabela á un joven inexperto, que la dejó arrastrar de las corrientes, dejándola varar en un banco de arena.

(3) La primera vez que oyeron los americanos el ruido de cañon.

(4) Marien. Se llamaban los Estados donde residía Guacanajari, á cuatro leguas de la mar.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

(Se continuará.)

La Guyana holandesa.

LA FIESTA DEL DIA DE AÑO NUEVO ENTRE LOS NEGROS. — UNA ALDEA CARIBE.

El 1º de enero á las nueve de la mañana todos los negros, jóvenes y viejos, hombres y mujeres de cada distrito en la Guyana holandesa, invaden la casa del gerente para felicitarle por el año nuevo; un negro á caballo sobre un *dron* (tambor) en el que redobla fuertemente con las manos, precede á la muchedumbre. — El gerente se sienta en un sillón, y le levantan las negras; las que no han podido apoderarse del sillón toman las piernas del gerente, y entonces le pasean en torno de la sala, ó mejor dicho, al rededor de una mesa que ocupa su centro cargada de vino para los hombres y de vino y licores para las mujeres.

Después de repetir á gritos las felicitaciones de año nuevo, las mujeres dejan el sillón en el suelo, y principian los brindis. Para dar una idea del ruido que acompaña á esta demostracion, diremos que además del tambor y de los gritos, cada negra lleva un rosario de cáscaras de nuez ó un saquillo de cuentas de vidrio que sacuden fuertemente para aumentar el estrépito.

En nuestro dibujo, independientemente del grupo principal, se ven á la izquierda en un rincon una mujer embarazada, dos viejas y un chico que han elegido ese punto para hallarse al abrigo de las patadas ó de los choques inevitables en ese tumulto. Mas allá un marido recoge á su mujer embriagada, y por último á la derecha hay otros negros que tambien quieren apartarse de la muchedumbre.

Así que han apurado las botellas, salen de la casa y se ponen á bailar el *bagna* delante de la puerta. Este baile, que generalmente dura ocho dias, principia por la mañana á las ocho y acaba á las doce, y por la tarde comienza á las doce y termina á las doce de la noche.

Durante estas saturnales hombres y mujeres beben á discrecion el vino y el ponche.

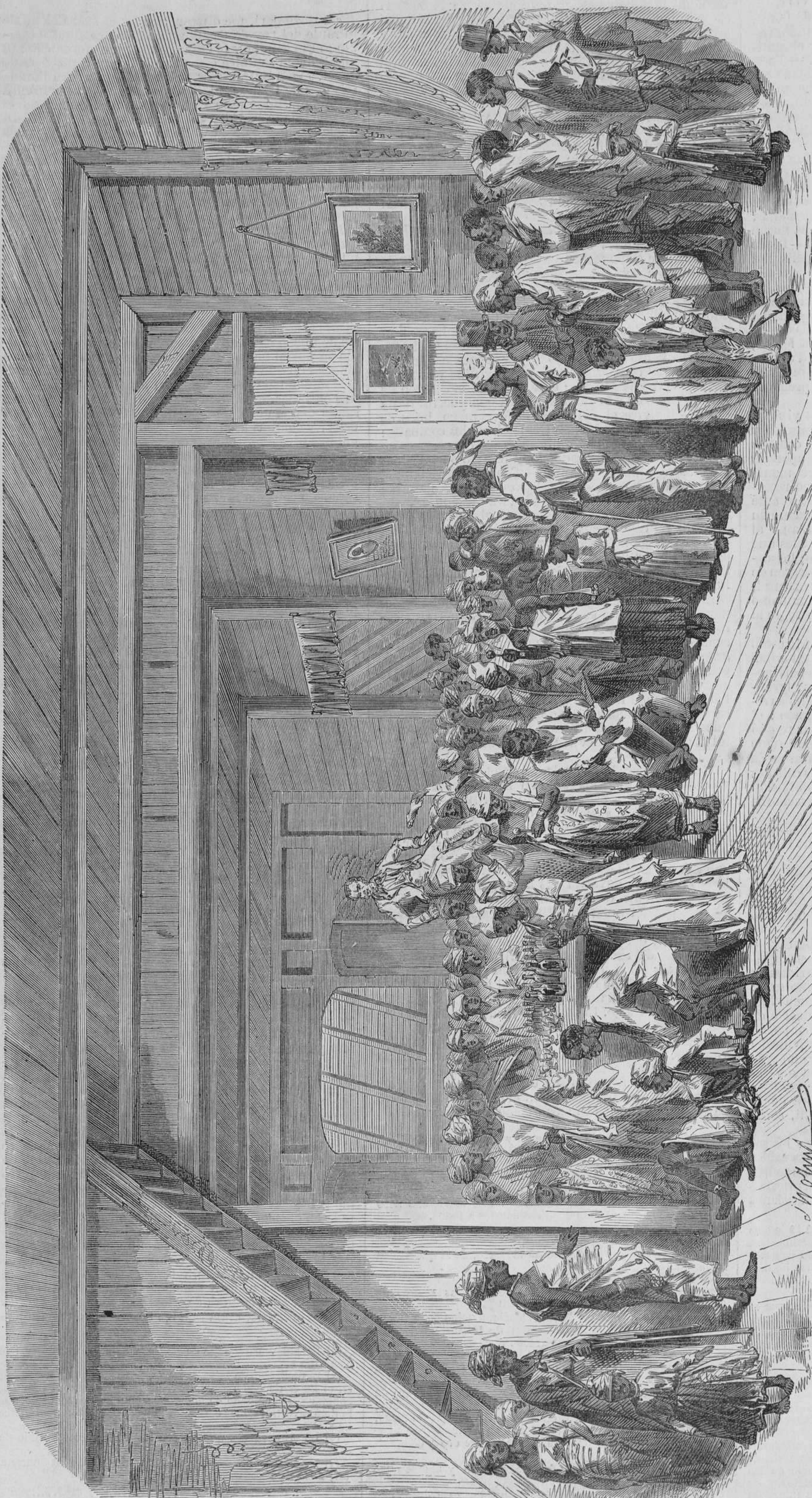
Pasemos ahora á la explicacion del segundo dibujo, explicacion que nos dará su autor M. F. Bray, habitante de la Guyana holandesa.

Hay en la Guyana holandesa, dice, varias razas de indios; las cuatro principales son: los caribes, los arowaques, los trios y los guaranos. Las dos últimas habitan en el interior de las tierras, y nunca las he visto; en cuanto á las dos primeras, me he hallado á menudo en contacto con ellas para poder dar aquí una descripcion exacta; además contando lo que sé de los caribes se vendrá en conocimiento de lo que son los otros, pues tienen los mismos usos y costumbres, y solo se diferencian por algunas particularidades de lenguaje y de traje.

El dibujo que acompaña representa una de sus aldeas en el momento mas animado, es decir, cuando concluido el trabajo se vuelven todos á sus chozas. Los hombres vienen de la caza ó de la pesca, en tanto que las mujeres disponen el guisado y las galletas que deben servir para la cena. Excepto tres indios, dos de ellos sentados en sus hamacas para embriagarse mas á gusto, y otro que por supersticion está en la suya en lugar de la mujer que acaba de dar á luz un hijo, todo el mundo está en movimiento.

Esta aldea, de la que hoy no queda ningun vestigio, y que en otro tiempo veia yo desde mis ventanas, tiene una historia que sin duda será interesante para el lector; ella dará á conocer porqué los caribes la construyeron en mis tierras, á pesar del desvío que les inspiran los europeos y su civilizacion.

Hace unos dos años, estando en Paramaribo, una mujer caribe llamada Marahitati, ya de cierta edad, vino á verme una mañana con su



CELEBRACION DEL DIA DE AÑO NUEVO POR LOS NEGROS EN UNA HABITACION DE LAS COLONIAS.

M. F. Bray

familia, y despues de decirme que habia sabido que yo era un buen blanco, me pidió licencia para establecerse con su tribu en la habitacion *spierings'hoek* que yo poseo.

Sin tratar de averiguar los motivos que podia tener para esta mudanza, la pregunté cuántas almas contaba la tribu, y respondiéndome que cuarenta, la dí el permiso con una condicion, á saber; que si aquellas personas eran aficionadas á la bebida, ella emplearia su influencia para poner un coto, lo que prometió.

Una semana despues dos canoas, una cargada de indios y otra con los utensilios, llegaban á mis tierras, y mis nuevos amigos se establecian en una lengua de arena, á la orilla del mar, y á tiro de pistola de mi casa.

Cuando acabaron de construir sus chozas, operacion que estaba hecha al otro dia, me pidieron un pedazo de tierra para plantar su maiz y su yuca, y les dí seis hectáreas; y luego como era preciso vivir mientras llegaba la cosecha, les autoricé para que tomaran de mis frutas, así como tambien les dí el derecho de pescar y cazar cuanto quisieran.

Los habitantes de Surinam comprenderian ya porque se habian establecido en mis dominios; ahora lo haré comprender á los que no conocen la localidad, diciéndoles que mi habitacion estaba situada cerca de seis ingenios donde se destila aguardiente de caña durante todo el año.

No habian venido solo porque yo era un buen blanco, como decia Marahitati.

Salvo algunos casos de embriaguez todo marchó bien durante algunos meses. Todas las mañanas cuando iba á visitar mis campos pasaba por sus chozas, y todo eran saludos y felicitaciones. Por la tarde les veia de nuevo, y nos hallábamnos en la mejor inteligencia, pero esto no debia durar mucho.

Todos los dias cuando los negros vuelven del trabajo se forman en línea delante de la casa del gerente, diciendo:

— *Navo, mastra* (amo, buenas tardes).

Y el criado del amo da á cada uno un poco de aguardiente.

Una tarde observé que mis negros no podian ponerse en línea, tan alegres estaban.

Habiendo preguntado al *bastian* (jefe negro) qué era lo que tenian, el negro me respondió enseñándome toda su dentadura, que estaban de tan buen humor porque me veian en buena salud. Ahora bien, como yo sé por experiencia que al negro le importa poco la salud de su amo, saqué en conclusion que todos, sin exceptuar al jefe, habian bebido abundantemente.

Mis negros, no sé cómo, pues los indios desprecian al africano, habian logrado conquistar las buenas gracias de los caribes, y desde entonces dieron rienda suelta á su pasion favorita.

Me quejé á Marahitati de aquella embriaguez continua, la pedí que tratara de hacer cesar el escándalo, y acabé por un largo discurso sobre las ventajas de la sobriedad.

Marahitati esperó con cachaza á que yo acabara de hablar, y cuando vió que nada mas tenia que decir, exclamó!

— Haré lo que pueda.

No pudo mucho, pues el aguardiente continuó poniendo muy alegres á mis negros.

Un dia que observé que los cántaros de aguardiente estaban vacíos, y que ví á los indios marchar al trabajo para ganar con que embriagarse de nuevo, resolví aprovechar la ocasion para decirles que se fueran á establecer á otra parte.

Busqué á Marahitati y la comuniqué mi resolucion sin rodeos.

— Está muy bien, me respondió, nos iremos mañana.

Y al cabo de una pausa añadió:

— Pero ¿y lo que hemos plantado?

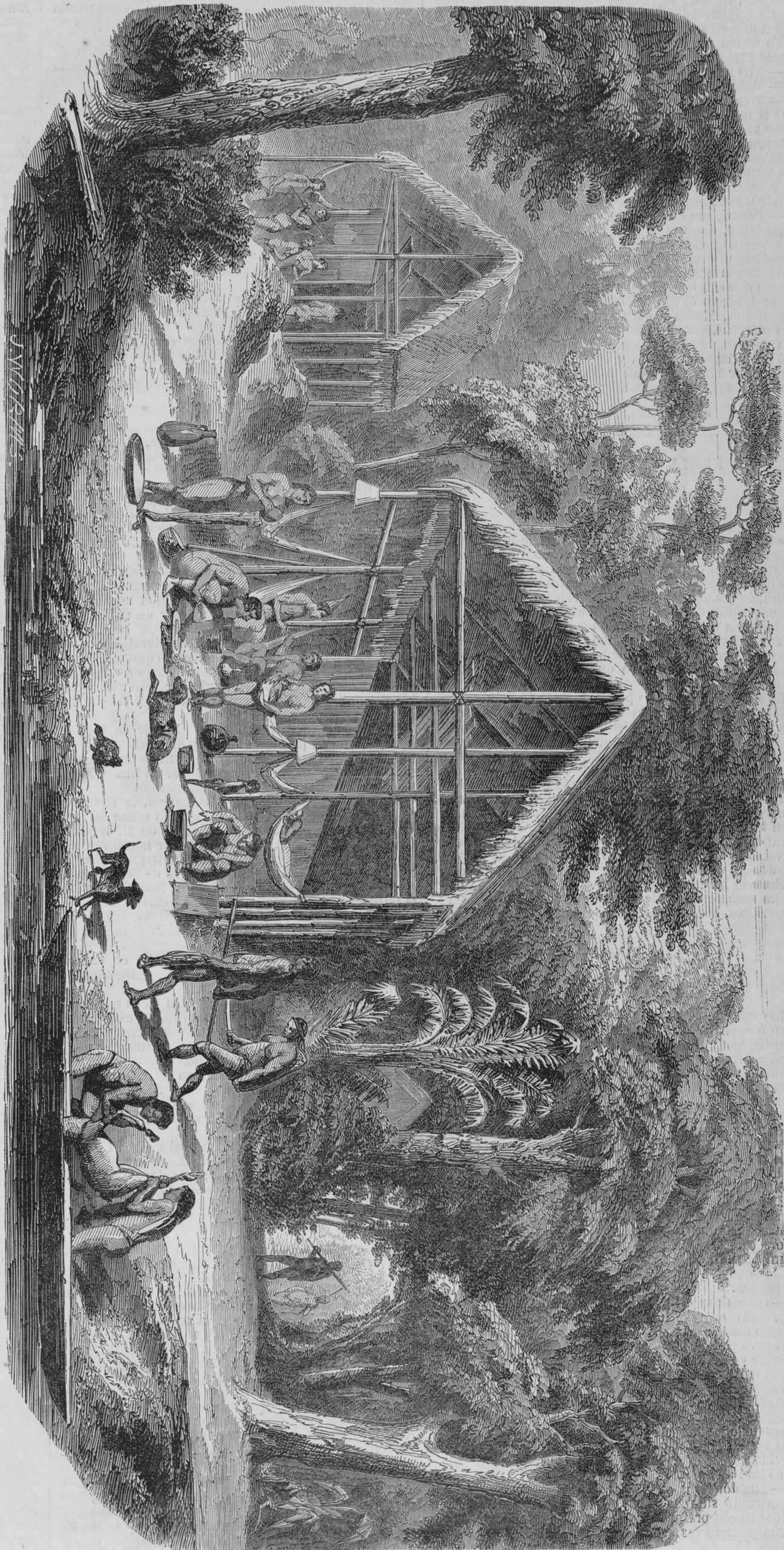
— Yo cuidaré de ello, la dije, y cuando esté á punto os lo mandaré á decir para que vengais á recogerlo.

Al otro dia ví á los indios muy pacíficos, y lo mismo estaban los dias siguientes. Al fin de la semana les hice otra visita, y les repetí en alta voz que debian marcharse.

Los indios siguieron hablando como si yo no hubiera estado presente; pero al cabo de un rato Marahitati me dijo que se marcharian al otro dia.

Y con efecto se marcharon... á T'Ver-

UNA ALDEA CARIBE EN LA GUYANA HOLANDESA.



trouwen, habitacion situada en frente de la mia, de donde volvieron al medio dia mas borrachos que nunca, y con una reserva de doce cántaros de aguardiente.

Yo estaba exasperado; llamé á Marahitati, y la pregunté furioso:

— ¿Os marcháis, sí ó no?

— Mañana, me respondió.

— Tres veces me lo habeis prometido; ahora os juro que si no partís mañana, al otro dia haré el retrato de todos vosotros; veremos cuando esté en posesion de los retratos si manifestareis la misma obstinacion.

Esta amenaza les puso á todos muy serios. Nada teme tanto el indio como saber que un desconocido posee su retrato; cree que el que le tiene puede hechizar al original por simpatía.

— Panari, me dijo el piayman (sacerdote, hechicero) de la tribu, despues de una pausa, si la primera vez nos hemos quedado á pesar de vuestra orden, es porque pensábamos que os arrepentiríais de vuestra decision; habiamos creído tratar con un buen blanco, pero ahora vemos que sois como los demás, y puesto que persistís en prohibirnos el uso del *boboli*, que es nuestra única distraccion, lléveos el diablo con vuestro arte maldito; nos marcharemos al instante.

Y despues de haber pronunciado este discurso se volvió hácia los otros indios, y les gritó: *Thrin* (lo que es como decir: Dejemos á este animal); los indios recogieron sus cosas, y una hora despues se habian marchado.

T. B.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

« He extendido mi mano sobre tu hijo, le decia; ¿porqué no te alcanzaré á tí? Mañana si yo quiero estarás en una cárcel como tu hijo Jorge. Mañana si yo quiero tendrás que despedirte de tus placeres y de tus dignidades, de tus amigos y de tus aduladores, de todos esos refinamientos de lujo que acumulas en tu alrededor. Y en lugar de todo eso tendras un calabozo como Jorge. »

Y lord Steyne, sin saber cómo sustraerse á las amenazas de ese enemigo invisible, y gimiendo bajo el peso de aquella mano de hierro que tenia encima, trataba de combatirla con placeres continuos.

En su casa reinaba la opulencia, pero en vano se habria buscado la felicidad entre aquellos esplendores. Era el palacio donde se daban las mejores fiestas de Londres; pero era al mismo tiempo la casa en que habia menos satisfaccion interior. Nadie estaba allí contento, excepto los convidados á los banquetes. Quizá si no hubiera sido tan alto personaje habrian huido su compañía; pero en la Feria de las Vanidades se reflexiona mucho antes de condenar á un hombre de una posicion tan elevada como la de lord Steyne. Todos podian escandalizarse interiormente del género de vida que llevaba milor; pero todos se apresuraban á aceptar cuando los convidaba.

Hasta el baron sir Pitt Crawley, el rígido observador de las reglas establecidas, el presidente de los meetings apostólicos, acudia presuroso á casa de lord Steyne.

XLVII.

GRANDEZAS SOCIALES.

Las consideraciones de Rebeca al jefe de la familia iban á encontrar al fin su recompensa. Rebeca estaba empeñada en figurar, y esto podia obtenerlo presentándose en la corte con vestido de cola, con plumas y diamantes. En cuanto el lord chambelan marca á una persona con el sello de la virtud, esa persona puede entrar sin cuidado en circulacion, pues la rodea un respeto unánime; como las mercancías en cuarentena que solo pueden salir regadas de vinagre aromático, así basta tambien que una mujer equívoca atraviese la atmósfera real para encontrarse purificada de todo principio deletéreo y nocivo.

Sir Pitt y su mujer hicieron el milagro.

Et traje de corte que llevaba mistress Rawdon el dia de su presentacion en San James podria suministrar materia para una descripcion elegante. Su traje que ahora pareceria ridiculo fué entonces la admiracion de la muchedumbre y la valió un gran triunfo. Hasta lady Jane tuvo que reconocer la superioridad del gusto de Rebeca.

— Querida mia, llevais una fortuna en vuestros adornos, decia lady Jane mirando los encajes de Rebeca, de mucho mas valor que los suyos.

Estuvo para decirle que no comprendia cómo podia hacerse con tales cosas; pero se detuvo por no herirla.

Sin embargo, es probable que no habria estado tan prudente si hubiera sabido la historia misteriosa del vestido, que vamos á contar de esta manera: cuando mistress Rawdon tenia poderes de sir Pitt para arreglarlo todo en la casa, descubrió en unos armarios varios vestidos de brocado y muchos encajes que habian servido á las señoras difuntas, y hallándolos á su gusto se los llevó y los apropió á su persona.

— ¿De dónde habeis sacado esos diamantes, Rebeca? le preguntó su marido admirando las pedrerías que brillaban con profusion en su garganta, y que él veía por la primera vez.

Rebeca se sonrojó, y Pitt Crawley se sonrojó tambien y se puso á mirar por la portezuela del coche. Pitt la habia dado una parte de aquellos brillantes, pero se habia olvidado de comunicárselo á su esposa.

Rebeca clavó los ojos en su marido y luego en sir Pitt con un aire insolente y triunfante que parecia queria decir:

— Si quisiera engañaros, en mi mano está.

Pero luego se resolvió á contestar:

— Adivinado. ¿Dónde creéis que los he podido tomar?... En fin, ya que quereis saberlo, me los ha alquilado M. Polonius. No imagináis sin duda que todos los diamantes que van á la corte pertenecen á las personas que los llevan, como esas magníficas pedrerías de lady Jane, que tienen mucho mas valor que las que yo llevo.

— Son alhajas de familia; dijo sir Pitt que seguia confuso.

La conversacion continuó por el mismo estilo hasta que el coche se detuvo á la puerta del palacio, donde el soberano recibia á sus súbditos con muchas ceremonias.

Los diamantes no volvieron jamás á casa de M. Polonius, sino que fueron guardados en un escondite donde Rebeca tenia una porcion de objetos menudos, útiles ó preciosos, cuya existencia ignoraba completamente su marido. No saber nada, ó no saber mas que la mitad de las cosas: tal es el papel de casi todos los maridos, en tanto que el de las mujeres es el de ocultarles lo mas que pueden.

Rawdon ignoraba pues la historia de los pendientes y del collar que llevaba Rebeca; pero lord Steyne sabia muy bien el origen de aquellas joyas, y habria podido decir con seguridad quién las habia pagado.

No corresponde á una pluma tan débil como la nuestra el trazar las maravillas de la entrevista de Rebeca Crawley con su poderoso soberano. Un sentimiento de respeto nos prohibe llevar nuestras miradas escudriñadoras á ese salon honrado con la presencia del monarca. Pasemos pues rápidamente y en silencio ante tales ceremonias.

Lo cierto es que despues de esa entrevista no habia en Londres un corazon mas adicto á la persona del rey que el de Rebeca. Continuamente tenia el nombre del rey en los labios, y hablaba sin cesar de su exterior gracioso y benévolo.

Despues de su presentacion lo mas divertido era ver el aire que habia tomado y el lenguaje que usaba.

Hasta entonces habia estado en relaciones con muchas personas de una reputacion equívoca; pero una vez en las filas de las mujeres virtuosas, rompió con ellas sus antiguas amistades.

Todos los periódicos analizaron el traje de Rebeca, que consistia en plumas, encajes y diamantes. Mistress Bute Crawley mandó comprar un número del *Morning Post*, y dió, en presencia de sus hijos, un libre curso á los generosos trasportes de su indignacion.

Pocos dias despues de este gran suceso, la virtud de Rebeca recibió un nuevo homenaje. El coche de lady Steyne se detuvo delante de la puerta de M. Rawdon Crawley, y el lacayo, despues de haber hecho temblar la casa con un aldabonazo terrible, entregó dos tarjetas en las cuales se leian los nombres de la marquesa de Steyne y de la condesa de Gaunt. Nada diremos de la satisfaccion de Rebeca al recibir los cartoncitos.

¡Las tarjetas de lady Steyne y de lady Bareacres! ¡Rebeca marchaba á la par de toda la grandeza del reino!

Dos horas despues milor Steyne estaba en casa de Rebeca, y segun su costumbre se puso á inspeccionarlo todo.

Pasando esta revista vió las tarjetas de su mujer; al verlas se habria podido notar en su rostro una sonrisa desdeñosa que le era familiar cuantas veces descubria alguna pequeñez de la flaca naturaleza humana.

Rebeca no tardó en entrar vestida de ceremonia, como siempre que recibia á milor; no descuidaba en estas ocasiones ninguna de las coqueterías femeninas; delantales, pañuelos, chales y babuchas de tafilite, todo salia á relucir entonces, y sabia hacer con un arte estudiado toda clase de zalamerías.

Al observar que lord Steyne miraba con ironía las tarjetas, no pudo menos de sonrojarse.

— Buenos dias, milor, le dijo; ya veis que las señoras han pasado por aquí. Os pido me disimuleis por haberos hecho esperar, estaba en la cocina.

— Lo sé, repuso lord Steyne.

— ¿Cómo?

— Porque os ví por la reja cuando se paró el coche.

— Nada se os escapa, milor.

— Vamos, vamos, repuso sonriendo su interlocutor; esta vez confesareis que tengo buena vista. ¡Hipócrita! ¿creéis que no os he oido bajar la escalera? Apostaria á que estábais á vueltas con el colorette... Hacedme el favor de llevar un poco á milady Gaunt, que está siempre tan pálida como una muerta.

— ¿Es un crimen que quiera adornarme para recibiros? exclamó mistress Rawdon con voz doliente.

Y al mismo tiempo se pasaba el pañuelo por las mejillas para demostrar que si estaban encarnadas era por los colores del pudor y la inocencia. Sin embargo, no lo jurariamos, pues hay colorettes que no desaparecen con el roce del pañuelo, y que hasta resisten á las lágrimas.

— ¿Con que os habeis empeñado en ser una señora de gran tono? preguntó lord Steyne; ¿no me dejareis en paz hasta que os haya presentado en los círculos de la nobleza? ¡Insensata! ¿Cómo podeis brillar si no tenéis un cuarto!

— Sacareis un empleo para mi marido, dijo Rebeca con oportunidad.

— ¡No tenéis dinero y quereis luchar con los ricos! ¡Locura! .. Pero las mujeres son todas lo mismo; cada cual suspira y se atormenta por fruslerías. Está resuelto pues; quereis entrar en Gaunt House, y yo tengo que abrir la puerta... Muy bien; pero no creáis que se divierte allí la gente como aquí; en cuanto hayáis visto el espectáculo os entrará sueño. Mi mujer es tan alegre como una lady Macbeth, y mis hijos parecen estatuas sepulcrales. Todas las noches tengo miedo al acostarme en lo que llaman mi alcoba; parece un gran catafalco con grandes fantasmas que parecen hechas para asustar al mas valiente. En fin, se os convidará para la semana próxima... Pero ¡cuidado con las mujeres!... ¡estad alerta!

Muy largo era este discurso para un hombre del temple de lord Steyne; y sin embargo, ya habia pronunciado otros por el estilo aquel mismo dia, y todos á beneficio de Rebeca.

Briggs, sentada á una mesita de labor, alzaba los ojos al cielo de tiempo en tiempo, y lanzaba hondos suspiros oyendo tratar á su sexo con tal ligereza.

— Si no me quitais de ahí ese odioso cerbero, murmuró lord Steyne á media voz y designando á Briggs, me encargo de envenenarle.

— Mi perro come siempre en el mismo plato que yo, dijo Rebeca con una sonrisa maliciosa, como divirtiéndose con el aire furibundo de milor porque le incomodaba aquella compañía.

Por fin mistress Rawdon tuvo compasion de su adorador, y dijo á Briggs que aprovechara el buen tiempo para llevar á paseo á Jorge.

— Me es imposible despedirla, dijo Rebeca á lord Steyne cuando hubo salido Briggs, con una voz llena de tristeza.

Y al propio tiempo sus ojos se llenaron de lágrimas. — Veó lo que es, dijo el noble lord; la debeis salarios.

— ¡Si no fuera mas que eso! dijo Rebeca bajando los ojos.

— ¿Qué mas hay?

— Soy causa de su ruina.

— ¡Ah! ¡Está arruinada! En ese caso debeis despedirla cuanto antes.

— Así obran los hombres, dijo Rebeca con una voz lamentable; pero las mujeres no tienen tan duro el corazon. El año último cuando no habia una guinea en la casa, nos entregó todos sus ahorros. No saldrá de aquí sino el dia en que no podamos ya alimentarla, día que quizá no está lejos, ó cuando la hayamos pagado.

— ¿Y á cuánto asciende? preguntó el noble lord con una blasfemia espantosa.

Rebeca reflexionando en la opulencia y generosidad de su interlocutor, le indicó el doble de la cantidad que habia tomado á Briggs.

A esta declaracion la ira de lord Steyne se manifestó con una expresion no menos enérgica que la precedente, y Rebeca al oírle bajó la cabeza y prorrumpió en sollozos.

— No hubo mas remedio, exclamó; no me atreví á decirselo á mi marido, y si lo supiera, me costaria la vida. Este secreto que acabais de arrancarme le habia ocultado hasta aquí á todo el mundo. ¡Ah! milor; ¿qué va á ser de mí?... ¡Cuán desgraciada soy!

Lord Steyne, por toda respuesta, se contentó con morderse las uñas; un instante despues tomó su sombrero y salió precipitadamente.

Rebeca no dejó su actitud de mujer desgraciada y desolada, sino cuando la puerta se cerró y oyó que se alejaba el coche de lord Steyne. Entonces se levantó con una alegría de triunfo, y una expresion maliciosa brillaba en sus ojillos verdes.

Por último la entró un gran acceso de risa que pudo calmar con mucho trabajo.

Aquella misma tarde entregaron á Rebeca dos billetes de Gaunt-House. El uno era una esquila convidando á comer á Rebeca con lord y lady Steyne para el viérnes próximo, y el otro era una carta-orden de lord Steyne contra sus banqueros Jones Brown y Robinson.

Diferentes veces aquella noche Rebeca tuvo accesos de risa que explicó á Rawdon por el placer que experimentaba en penetrar en Gaunt-House; pero á la verdad, otra cosa fermentaba en aquella cabeza. ¿Debia pagar á Briggs y despedirla? ¿Debia pagar al casero? Con la cabeza en la almohada agitó sucesivamente todas esas cuestiones, y al otro dia, en tanto que Rawdon iba á su club, Rebeca fué á cobrar la letra. Una vez con el dinero en el bolsillo, se detuvo cerca de San Pablo para comprar un magnífico vestido negro de seda para Briggs, regalo que acompañó con un beso y con las palabras mas amables.

En seguida distribuyó algunas sumas entre el casero, el alquilador de coches, y una vez terminados estos negocios, guardó una parte del dinero que habia recibido en su escondite.

XLVIII.

EL BANQUETE.

En la mañana en que Rebeca se entregaba á tales ocupaciones, lord Steyne, que ordinariamente solo veia á las señoras de la casa en los dias de recepcion, se presentó en sus habitaciones cuando estaban tomando té con los niños, y abogó valerosamente en favor de Rebeca.

— Milady Steyne, la dijo, enseñadme vuestra lista de invitaciones para la comida del viernes. Está bien; ahora escribireis una eskuela para el coronel y mistress Crawley.

— Blanca, escribid, dijo lady Steyne sofocada; lady Gaunt, escribid...

— No, jamás, escribiré á esa mujer, respondió lady Gaunt levantando los ojos al cielo con orgullo, y bajándolos luego.

Diffícil era en efecto sostener la mirada de lord Steyne cuando alguíen le hacia resistencia.

— Que se lleven los niños, exclamó tirando del cordón de la campanilla.

Los pobres niños le tenían tanto miedo que se apresuraron á obedecer la órden.

Su madre se disponia á seguirlos.

— Podedis quedaros, la dijo entonces el inexorable déspota. ¿Milady Steyne, continuó, queréis hacerme el favor de escribir esa eskuela de convite para el viernes?

— Yo no asistiré á esa comida, dijo lady Gaunt; me volveré con mis padres.

— No pido yo otra cosa, respondió lord Steyne, pero cuidado con venir mas á esta casa. En Bareacres encontrareis una sociedad muy agradable de alguaciles y guardas del comercio, y así me veré libre de un golpe de las limosnas que tengo que hacer á vuestra familia y de vos.

Además, preguntad á lady Steyne si la amable Crawley, tan calumniada por todas partes, no es una mujer inocente, un modelo de virtud; ella podrá deciroslo. Su marido no tiene quizá la mejor reputación; pero creo que la de los Bareacres no le va en zaga.

¿Qué pensais de un hombre que no paga jamás cuando pierde, que os ha despojado de vuestra herencia, y que os ha dejado sin un cuarto y sobre mis costillas? El nacimiento de mistress Crawley no es brillante, pero no habria que escudriñar mucho en la noche de los tiempos para hallar los antepasados de ciertas personas.

— Pero, milor, exclamó lady Jorge, la fortuna que he traído yo...

— Esa fortuna es el precio á que habeis comprado una sucesión eventual, repuso el marqués con una mirada altanera y dura; si Gaunt viniera á morir, vuestro marido heredaría todos sus derechos, vuestros hijos despues, y ¿quién sabe adónde llegaría?... Sed virtuosas y altaneras cuanto querais, pero no trateis de echármelo en cara. En cuanto á la reputación de mistress Crawley, no quiero hacerme la injuria de dejar suponer que tengo necesidad de defenderla; me hareis el favor de recibirla cordialmente, así como á todas las personas que yo quiera traer á mi palacio. ¿Quién es el dueño aquí? Si me diera la idea de convidar á los que están en la cárcel de Newgate ó en la casa de locos de Bedlam, tendríais que resignaros á recibirlos.

Y despues de esta salida enérgica, las pobres mujeres no tuvieron mas remedio que inclinarse. Lady Gaunt escribió la eskuela, y luego ella y su suegra fueron á dejar sus tarjetas en casa de mistress Rawdon.

En el palacio de lord Steyne no se daban esas grandes fiestas donde se mezcla y se confunde la muchedumbre; no habia mas que una reunion íntima y misteriosa, donde los privilegiados que eran admitidos se felicitaban de esa honra toda su vida.

Lady Gaunt, por su hermosura, sus desdenes y su castidad, tenia derecho á figurar entre las personas mas vanas de este mundo. La cortesía con que lord Steyne la trataba en público dejaba hechizado á todo el mundo.

Las señoras de Gaunt-House pidieron refuerzos á lady Bareacres contra el enemigo comun. Lady Gaunt habia mandado á buscar á su madre en uno de sus coches, pues todos los carruajes de la noble condesa estaban embargados.

El narrador de la presente historia no tiene mucho que decir sobre los ilustres personajes que Rebeca tuvo el honor de hallar en la alta sociedad donde fué introducida. Citaremos, sin embargo, al príncipe Pertewaradin y á su señora. Su Excelencia llevaba un cinturón muy apretado, y en su pecho bien dibujado por el uniforme militar lucia una placa cargada de pedrerías. El boyardo llevaba al cuello el collar del Toison de Oro, y posee en su país rebaños infinitos.

— Miradle bien, dijo Rebeca al oído de lord Steyne; el jefe de su raza debia ser un carnero.

Efectivamente, su aire solemne, su andar acompasado, su rostro pálido y su collar, daban á S. E. el aire de un carnero con campanilla.

Cuantas veces el coronel se hallaba como en esta ocasion en medio de una sociedad delicada y escogida, se sonrojaba como un mozalvete de diez y seis años en medio de las amigas de su hermana. Rawdon carecia completamente de ese hábito del mundo que solo se adquiere en la sociedad de las señoras. En el club y en el cuartel no tenia que incomodarse por nada ni por nadie. Entraba, salia, fumaba y jugaba al billar que era un contento.

En toda la comida no dijo mas sino que el tiempo estaba borrascoso. Rebeca pensó en dejarle en casa; pero conoció que á su entrada en la alta sociedad, debia llevar á su lado á su marido como el escudo de su virtud y su inocencia.

En el momento en que anunciaron á mistress Crawley y á su marido, lord Steyne salió á su encuentro, la saludó y la presentó á lady Steyne y á las niñas. Estas últimas hicieron una reverencia muy ceremoniosa. En cuanto á la madre, tendió la mano á la recién llegada; pero esa mano estaba tan fria como el mármol de una tumba.

Rebeca la tomó, sin embargo, con un aire de humil-

dad y de gratitud, y con un saludo que habria hecho honor al mejor maestro de baile.

Tambien tuvo que renovar el conocimiento con lady Bareacres. La mujer del coronel la hizo una profunda reverencia, á la cual respondió la orgullosa condesa con una frialdad desdeñosa.

— Pronto hará diez años, la dijo Rebeca, mujer que no perdía jamás ninguna de sus ventajas, que tuve el honor de conoceros en Bruselas; creo que fué en el baile de la condesa de Richmond, la víspera de la batalla. Tambien recuerdo haberos visto con lady Blanca dentro de vuestro carruaje en un portal, esperando caballos. ¿Pudisteis salvar vuestros diamantes?

Todos se miraron. Los famosos diamantes habian sido embargados por los acreedores, y probablemente Rebeca lo ignoraba. Rawdon Crawley se retiró hacia una ventana con lord Southdown, y pronto se oyeron las risas de este que escuchaba el relato de la aventura de lady Bareacres desesperada en su coche, suplicando á mistress Crawley que la vendiera sus caballos.

— Ahora, se dijo Rebeca, no debo temer ya á semejante mujer.

Lady Bareacres miró á su hija con una mezcla de terror y de cólera, y se dirigió hacia una mesa donde se puso á hojear un album con una velocidad trágica.

Por fin llegó la hora, y la columna pasó del salon á la sala del banquete.

La comida fué ostentosa, pero no nos detendremos en describirla.

Rebeca comprendió que el momento crítico llegaría para ella cuando las señoras se quedaran solas despues de la comida, pues entonces necesitaria sostener todo el peso del combate. Así tuvo lugar de reconocer que no la engañó lord Steyne al decirle que la sociedad de las mujeres de un rango superior al suyo no tendria para ella nada de agradable.

No sé si hay en el mundo alguna cosa mas implacable que una mujer en sus odios con respecto á otra persona de su mismo sexo. Rebeca estaba á punto de experimentarlo. Al hallarse sola despues de la comida, quiso acercarse á la chimenea en donde estaban agrupadas las señoras; pero ellas tocaron retirada y se fueron á una mesa cubierta de libros, y como Rebeca dirigiera sus pasos á ese lado, ellas se volvieron á la chimenea.

Quiso hablar á uno de los niños y acariciarle con esa efusion que solia demostrar en público; pero al punto el niño fué llamado de prisa por su madre. En fin trataron á la intrusa con tal dureza, que lady Steyne se compadeció y se fué á conversar con ella.

— Lord Steyne me ha dicho que cantais muy bien, exclamó; ¿queréis darnos una prueba de vuestro talento?

— No deseaba mas que la ocasion de servirlos á vos y á lord Steyne, dijo Rebeca agradecida.

Y sentándose al piano tocó y cantó las melodias religiosas de Mozart que mas la gustaban á lady Steyne, y con tanta dulzura y un sentimiento tan vivo de la armonía, que aquella señora se acercó al piano, se sentó junto á ello, y gruesas lágrimas corrieron de sus ojos al escucharla.

Es verdad que en compensacion al otro extremo del aposento reian y hablaban estrepitosamente. Pero lady Steyne no hacia caso, su pensamiento la llevaba á otra parte; la llevaba á los dias de su infancia, la recordaba despues de cuarenta años de dolores y de aislamiento, la época en que se hallaba en el convento todavia, cuando el órgano hacia resonar en su oído las mismas notas. Durante una hora pudo creerse en la juventud, durante una hora habia reconquistado la felicidad tan pura y suave de los primeros años de la vida. Salió de este sueño sobresaltada cuando se abrió la puerta de par en par, y oyó las carcajadas de lord Steyne y de los convidados que volvían al salon.

Con una mirada lord Steyne adivinó lo que habia pasado, y por primera vez en su vida sintió un impulso de benevolencia hacia su mujer. La habló afectuosamente, y ella se sonrojó con aquella atencion inusitada.

— Mi mujer me ha dicho que habeis cantado como un ángel, dijo lord Steyne á Rebeca.

Existen dos clases de ángeles, y cada una tiene su modo particular de hechizar los corazones y los ánimos.

El resto de la noche fué un verdadero triunfo para Rebeca; se puso á cantar admirablemente, y los hombres se agruparon en torno del piano. Sus enemigos se quedaron solos en su aislamiento.

XLIX.

EL CORAZON DE UNA MADRE.

La musa anónima que nos dicta este relato va á dejar ahora las altas regiones á que acaba de elevarse para penetrar en la humilde morada que John Sedley ocupa en Brompton, y describir acontecimientos que muestran bajo un aspecto distinto las miserias de la naturaleza humana. Ahí tambien se deslizaron los cuidados, la desesperacion, la desconfianza.

Mistress Sedley no hacia caso ninguno de las atenciones de Amelia, y cada día la echaba en cara su amor á su hijo que la hacia olvidarse de sus padres. La casa tenia un aspecto sombrío desde que José no enviaba ya nada; hasta principiaban á sentirse en ella la miseria y el hambre.

En presencia de esta vida de privaciones continuas, Amelia trató de descubrir algun medio para dulcificar tantas penalidades. ¿Daré lecciones? ¿Se pondrá á cos-

turera? Pero ¿qué produce el trabajo de una mujer? Al cabo del día apenas puede ganar el pan que come.

Despues de grandes esfuerzos de reflexion, Amelia tomó una pluma y trazó con su bonita letra el aviso siguiente:

«Una señora que sabe inglés, francés, geografía, historia y música desearia dar lecciones á jóvenes señoritas. Darán razon en casa de M. Brown.»

Y llevó este papel á un tendero que consintió en ponerle en evidencia en su tienda. El polvo y las moscas mancharon en breve el papel. Amelia, con la esperanza de recibir una buena noticia, pasaba á menudo por delante de la puerta, pero el tendero no la llamaba, y cuando entraba para comprar alguna cosa, tampoco tenia nada que decirle. ¡Débil y sensible criatura, no has sido hecha para el tumulto y las luchas de este mundo de vanidades!

Cada día Amelia estaba mas triste; sus ojos inquietos no se separaban de su hijo, que no sabia cómo interpretar las miradas de su madre. Se levantaba en medio de la noche y entraba furtivamente en el cuarto de Jorge para ver si se le habian arrebatado. Una idea fija la espantaba. Pasaba las noches en las lágrimas y la oracion tratando de ahuyentar aquella idea terrible, la idea de que era preciso separarse de su hijo, que ella era el único obstáculo para la fortuna y la felicidad de todos. Sin embargo, este sacrificio era superior á sus fuerzas por entonces; debia aplazarle: si la perspectiva era ya tan penosa, ¿qué seria la realidad?

Otro pensamiento la atormentaba tambien, y la sonrojaba; podria abandonar su renta á sus padres, casarse con el ministro que la sollicita, y llevarse á su hijo en su compañía; pero su amor y un sentimiento de pudor se oponian á este sacrificio, y rechazó la idea de aquel sacrificio.

Este combate interior que acabamos de describir en pocas palabras, tuvo á la pobre Amelia en un tormento cruel durante muchos dias. Aunque con todas sus fuerzas se negaba á reconocer la necesidad de ceder, sin embargo, ese enemigo contra el cual sostenia una lucha desesperada, ganaba terreno á cada instante. Pensando en la miseria de su casa, en la necesidad y en la humillacion en que tenia á sus padres, se convencía de la pobreza de los argumentos que habria querido emplear para convencerse de que debia conservar al niño á su lado. En tan terrible prueba escribió á su hermano para que devolviera á sus padres la corta pension que les habia pagado hasta entonces, pintándole con toda la elocuencia de la verdad la situacion en que se hallaban.

¡Ay! Amelia ignoraba lo que habia pasado. José enviaba exactamente la misma cantidad de dinero á sus padres; pero la cobraba un usurero de la Cité, porque el viejo Sedley habia vendido sus derechos á esa renta para proporcionarse un pequeño capital, que empleó en un proyecto quimérico.

Cuando el anciano confesó á su hija esta verdad, Amelia conoció que debia resignarse y separarse de su hijo, pues ya no podia conservar ninguna esperanza de mejorar de suerte por otro camino.

Iba á perder el objeto de su amor, su querido tesoro, su alegría, su esperanza, su vida, su orgullo y su ídolo.

Pero no habia remedio; tenia que llevar adelante su resolucion, y en su consecuencia tomó las disposiciones convenientes.

Pocos dias despues miss Osborne recibia una carta de Amelia; miss Osborne se puso encarnada al leer aquel billete, y corrió á su padre que se hallaba sentado en un sillón sumergido en la tristeza mas profunda.

Amelia exponia con sencillez los motivos que le habian determinado á cambiar de resolucion con respecto á su hijo; su padre habia sufrido nuevas desgracias que habian completado su ruina. Sus propios recursos eran tan reducidos que apenas bastaban para sostener la casa, y Jorge carecia de la educacion que le era necesaria. Por su bien, mas que por nada le entregaba; pero la quedaba el consuelo de que las personas á quienes le iba á confiar harian todo para que fuera dichoso. Luego pintaba su carácter tal como ella le veia con sus ojos de madre; decia que era una naturaleza ardiente, fácil de dominar con la dulzura. Por último, pedia que la asegurasen por escrito la posibilidad de ver á su hijo cuantas veces lo deseara; esta era la única condicion que ella imponia.

(Se continuará.)

Jardin zoológico de Marsella.

Entre las maravillas que se crean hoy en Marsella hay una que merece llamar la atencion del viajero: queremos hablar del Jardin zoológico cuya direccion está confiada á M. Noel-Suquet, ingeniero civil.

La sociedad zoológica de Marsella, á la cual debe su existencia este jardin, se fundó en 1833 bajo los auspicios de M. de Montricher, el erminente ingeniero, autor del canal y del acueducto de Roquetavour, el mismo á quien Napoleon III condecoró con la cruz de oficial de la Legion de Honor en un momento de admiracion por ese acueducto gigantesco.

M. de Montricher habia comprendido la necesidad de establecer á las puertas de la ciudad un Jardin botánico meridional, que fuera en cierto modo el centro en que llegaran á reunirse las plantas del Sur y del Norte bajo un cielo que carece de los rigores del setentrion y de las llamas de los trópicos; á mayor abundamiento, Marsella, que es una ciudad principal bajo muchos puntos de vista, no podia permanecer sin uno de



EL JARDIN ZOOLOGICO DE MARSELLA.

esos jardines zoológicos que existen en todas las poblaciones de primer orden del universo.

M. de Montricher comunicó su idea á M. A. Lucy, recaudador general del departamento, uno de esos hombres que descansan de sus tareas administrativas secundando con su poder y su bolsillo los esfuerzos del talento. — Se pusieron á discusión los medios, y se reconoció que la ejecución era fácil; entre tanto el eminente ingeniero había elegido el sitio donde debía surgir como por encanto el nuevo Jardin.

El lugar elegido se encontraba cubierto de olivos y cepas de viña abandonados, que se escalonaban en una gradería natural que la imaginación de M. de Montricher poblaba ya de árboles de toda especie: el terreno parecía ingrato sin embargo; á pocos pasos se veían las primeras obras del canal: el futuro jardin debía convertirse en decoración de la obra útil, los titanes de piedra de los acueductos debían tener su pié en las flores.

Unos cuantos hombres de acción fueron invitados á la conferencia, y el proyecto fué acogido por ellos con entusiasmo: al punto se comenzó la obra, y á pesar de las dificultades se triunfó de todo, y un año despues, en 1854, se abrieron al público las puertas del Jardin zoológico.

Las administraciones departamental y municipal ayudaron á los ejecutores del proyecto. Gracias á ellas y gracias al consejo de la sociedad tan bien representado por su director gerente, Marsella se encuentra dotada hoy de un establecimiento que en breve rivalizará en riqueza con el Jardin de Plantas de Paris, sin contar que ningun establecimiento de esta clase presentará un panorama mas espléndido.

Una vez arreglado el sitio, se trataba de poblarle; los generales de Africa enviaron para esto ricas ofrendas. El general Pelissier, hoy mariscal y duque de Malakoff, el mariscal Rardon, el general Jusuf y otros varios secundaron los esfuerzos de los fundadores; el agua del Durance había asegurado entre tanto el porvenir de los plantíos, que cada año prosperan en una proporción tal, que se pregunta uno con asombro si es verdad que comenzaron á ponerse en 1853.

En un principio el Jardin no tenia mas que dos hectáreas y media; pero la afluencia de los visitantes creció tan rápidamente, que ha debido extenderse á cinco hectáreas. Todos los dias que hace buen tiempo la población de Marsella acude al Jardin; la módica retribución exigida no aleja á nadie.

Desde las mesetas superiores del Jardin se disfruta de la vista magnífica. Al Nordeste y al Sudeste el paisaje se dibuja en colinas acentuadas, detrás de las cuales se ven cordilleras de montañas doradas por el sol hasta confundirse en el horizonte.

Se admira todo lo que el arte podia añadir á la naturaleza: se ven cascadas de distancia en distancia, y senderos hábilmente multiplicados que parecen doblar el espacio: hay bonitas pajareras donde miles de pájaros raros viven con alegría bajo el cielo marsellés.

El Jardin posee un rinoceronte y un elefante que habitará un palacio en forma de pagoda india; los leones, las panteras, las hienas, las gacelas, etc., etc., tendrán cada cual una habitación en armonía con su carácter, y no vivirán en estrechas jaulas.

Divierte mucho á la gente un orangután de la estatura de un adulto; sentado delante de una mesa al sol y vestido con un paletó como un hombre, come con un tenedor, bebe en un vaso, y regocija con sus ademanes inteligentes á la curiosa muchedumbre que siempre le rodea. Es un hijo de Sumatra, que no desdeña los huevos duros y el pan blanco de Marsella.

En resumen, este Jardin zoológico es útil para todo el mundo: los hombres entendidos hallan en él nuevos motivos de instrucción; los artistas admiran las disposiciones y las construcciones, obra del gusto y de la actividad del director gerente; los profanos disfrutan de un paseo con puntos de vista deliciosos, y los botánicos hallan reunidos un crecido número de vegetales nuevamente aclimatados en Francia ó en la Argelia.

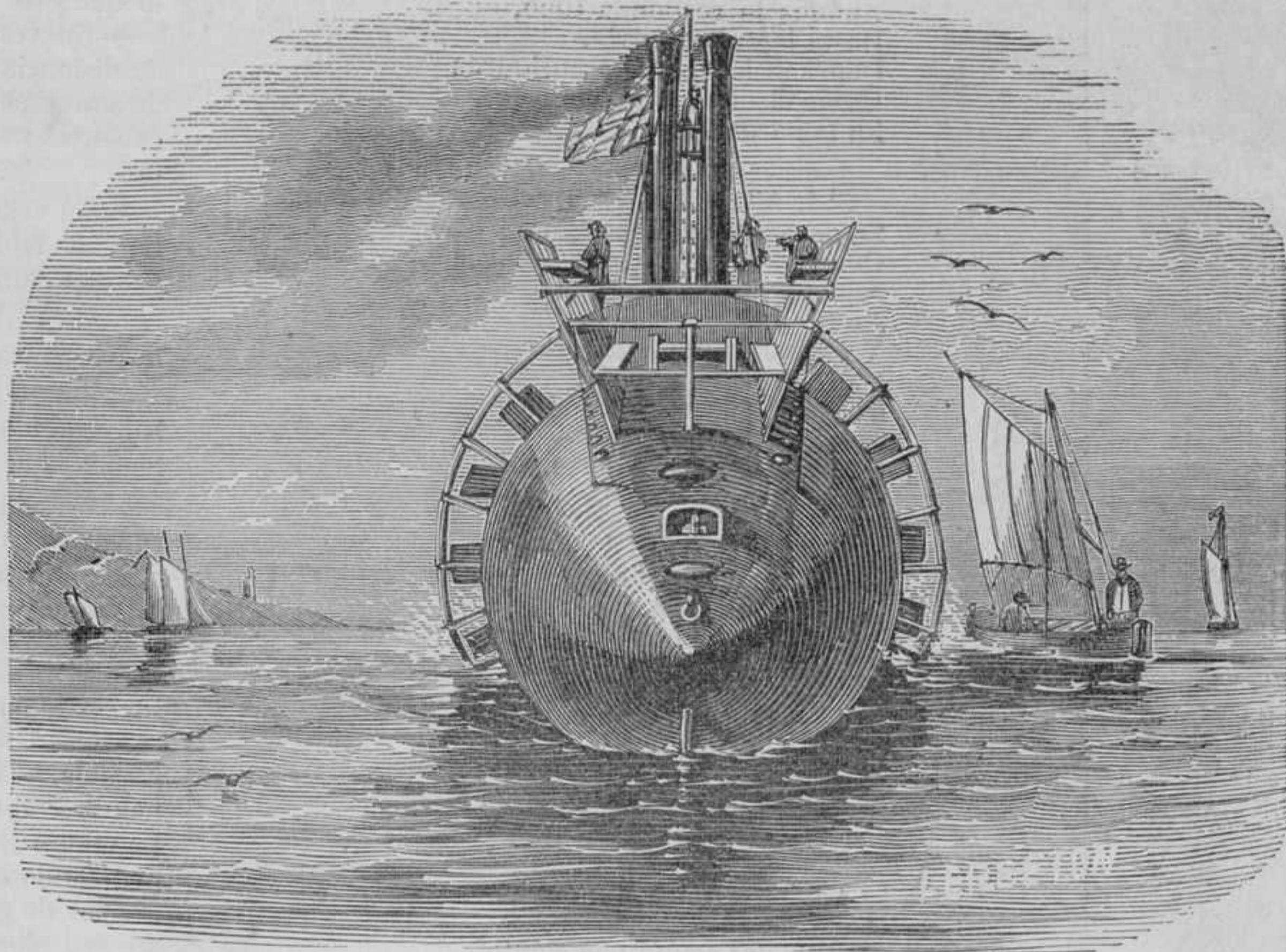
H. H.

El Océano.

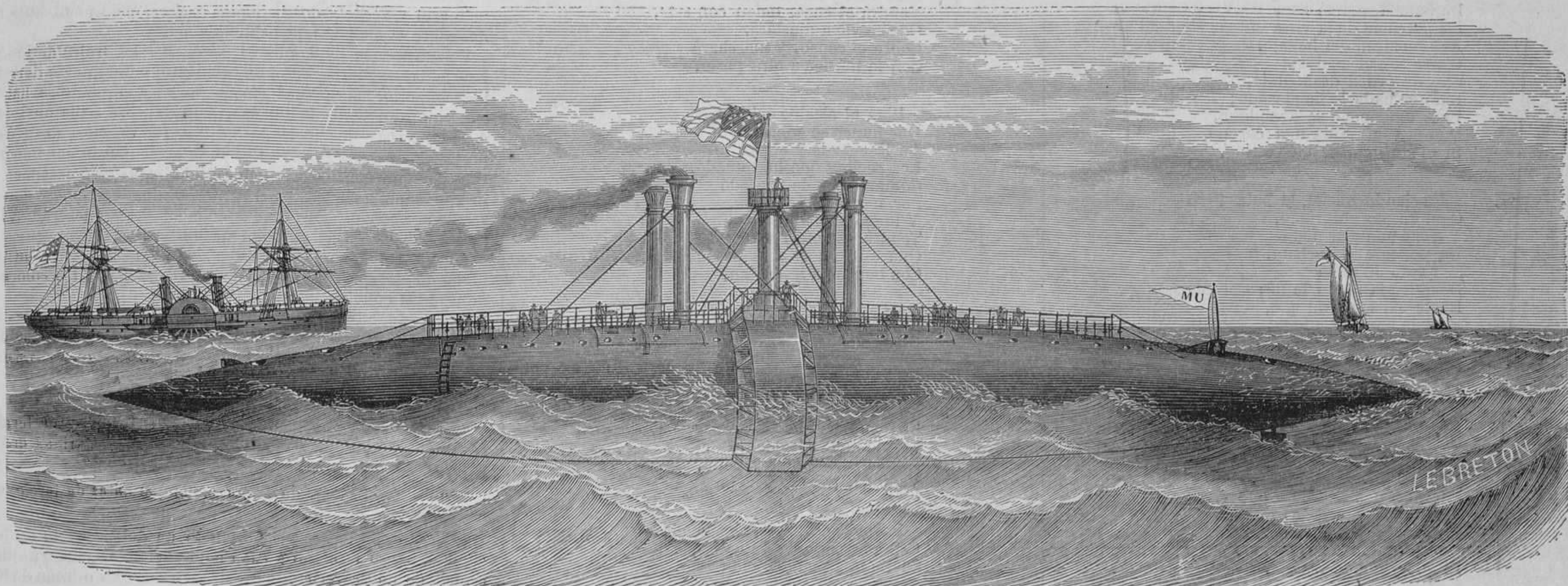
VAPOR AMERICANO. II

Hé aquí algunas noticias sobre esta curiosa construcción naval que creemos ofrecerán algún interés para aquellos de nuestros lectores que se hallan familiarizados con los conocimientos marítimos.

El *Océano*, botado al agua el 6 de octubre último en Baltimore, ha sido construido por MM. Winans, autores también de los dibujos; ofrece formas de construcción tan atrevidas como nuevas. Se halla desprovisto de quilla, y no tiene rompeolas; el puente es encorvado y no tiene parapetos; este buque curioso carece de palos y de toda clase de aparejo. Su largo es de 54^m 72 sobre una anchura principal de 4^m 86. Este largo excepcional relativamente á la anchura, ha sido adoptado para favorecer la rapidez de la marcha; en los vapores ordinarios el largo es por lo común unas ocho veces la anchura. Las líneas son las mismas debajo y encima de la flotación; se supone que esta combinación dará al buque una gran facilidad para navegar cuando esté el mar muy alborotado. Por su forma y su construcción no puede tomar agua, y esta ventaja aumenta con-



NUEVO SISTEMA DE BUQUE AMERICANO. — FRENTE.



NUEVO SISTEMA DE BUQUE AMERICANO. PERFIL.

siderablemente la seguridad, sea cual fuere la velocidad de la marcha y el estado del mar. Es muy notable la disposición de las ruedas; tiene cuatro máquinas de alta presión que solo consumen treinta toneladas de carbon en veinte y cuatro horas.

El *Océano* es todo de hierro. Su forma es la de dos conos unidos por su base. Como el casco está arqueado en todas sus partes se espera tendrá una gran fuerza de resistencia contra las olas, además de las ventajas particulares bajo el concepto de la flotación.

En resumen, este buque, considerado bajo todos los puntos de vista, es una innovación de la mayor audacia, y si la experiencia da los resultados que se prometen los constructores, el *Océano* habrá realizado uno de los perfeccionamientos mas anhelados en el arte de las construcciones navales, esto es, una gran superioridad de marcha con muchas condiciones de estabilidad, de seguridad y de resistencia. Para concluir añadiremos que relativamente á la economía los buques de este género presentan, según los cálculos de los constructores, una disminución notable en el coste de construcción y en los gastos generales de navegación.

Eclipse total de sol

OBSERVADO EL 7 DE SETIEMBRE DE 1858 EN EL BRASIL.

Hé aquí una relación del eclipse total del 7 de setiembre de 1858, observado en el Paranagua, ciudad de la costa del Brasil situada á 130 leguas de Rio-Janeiro, escrita por M. E. Liais, joven astrónomo francés.

« Encargado de una misión científica por el gobierno francés llegué á Rio Janeiro en el momento en que iba á salir de esta capital para pasar á Paranagua, una comisión compuesta de las notabilidades científicas del imperio en astronomía y matemáticas. El gobierno de S. M. el emperador del Brasil me dispensó la honra de hacerme ingresar en ella; la comisión nombrada definitivamente el 6 de agosto se componía de los consejeros imperiales, de varios ayudantes del observatorio astronómico de Rio.

Dos buques de guerra la corbeta de vapor de 220 caballos *Pedro II* y una cañonera fueron puestos á disposición de la comisión, por todo el tiempo que durase la expedición científica. Se embarcaron muchos instrumentos pertenecientes al observatorio de Rio, y en suma, la comisión no careció de nada.

La expedición salió de Rio el 18 de agosto, y después de haber sufrido el 19 un *pampero* ó ventolera del Sudoeste, llegó á la bahía de Paranagua el 20 al anochecer. Esa bahía inmensa, pues tiene nueve leguas, es sin embargo una de las menos frecuentadas. Inmediatamente después de su llegada la comisión se ocupó en buscar un punto conveniente para la erección de su observatorio sobre la línea central del eclipse. En la mañana del 7 de setiembre el cielo apareció lluvioso, pero luego se aclaró para el fenómeno que hubo de mostrarse en todo su esplendor. Cuando la luna llegó á cubrir las tres cuartas partes del sol, las coloraciones cambiaron, una tinta amarillenta comenzó á extenderse sobre los objetos terrestres, y el cielo tomó un color admirable, azul oscuro. Después se ennegreció, y el mar y la espuma blanca de las olas tomaron un amarillo de azufre. Toda la natu-

raleza tenía un aspecto espantoso. Los pájaros cesaron de volar y de cantar, y hasta los insectos se quedaron en el silencio mas profundo. En breve no quedó ya mas que un punto solar, que producía el efecto de una luz eléctrica que alumbraba la bahía y el campo; las sombras se marcaban lo mismo que con esa luz.

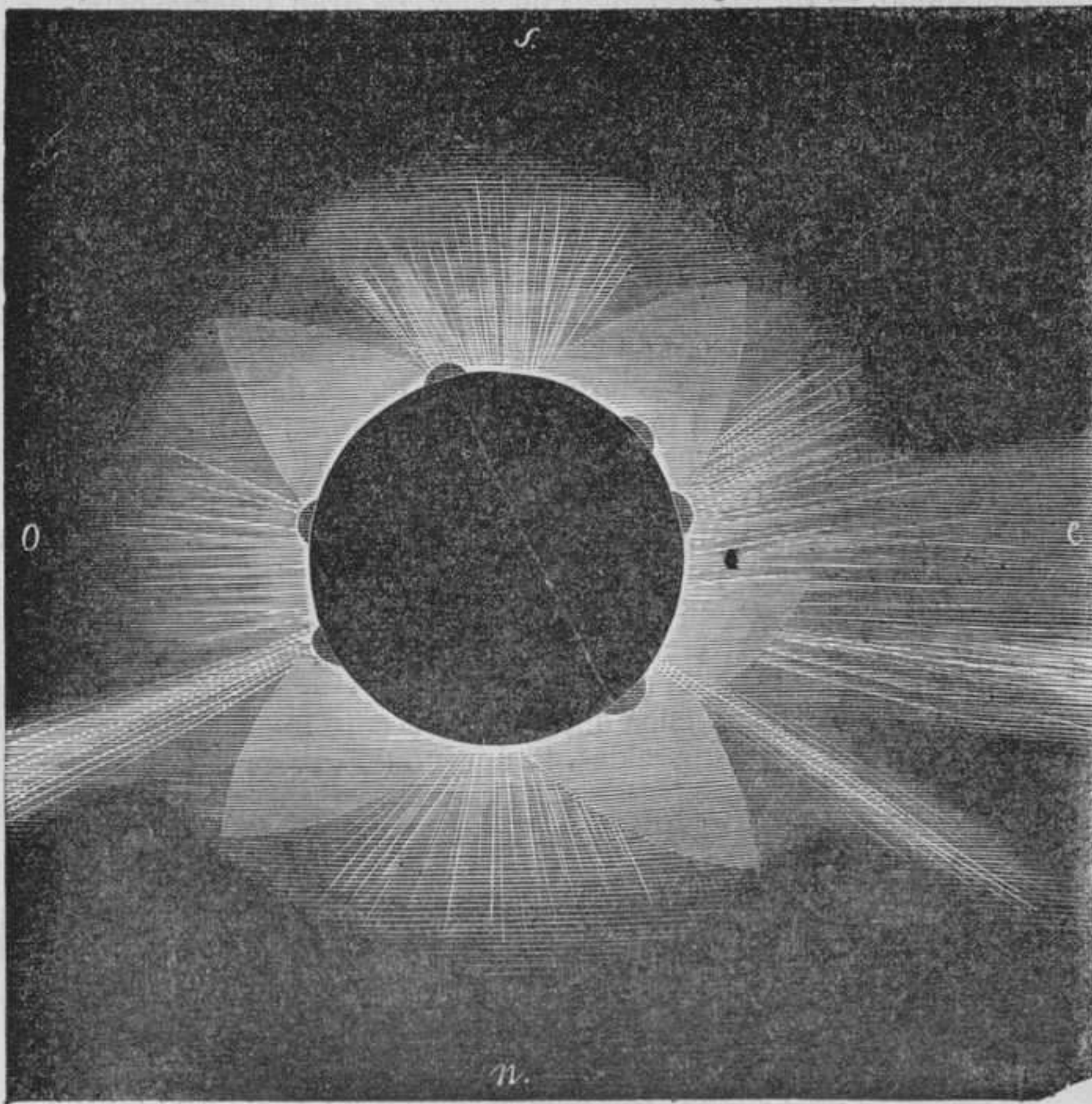
Por último ese punto se cubrió, y el espectáculo cambió como por encanto; la oscuridad del crepúsculo sucedió al día, se vieron muchas estrellas, y en vez del punto solar se distinguió el círculo negro de la luna rodeado de una corona brillante. »

Así se representa en nuestro dibujo.

El círculo negro figura el disco lunar; el sol que tiene un diámetro aparente casi igual, se halla naturalmente cubierto y oculto. Este es el eclipse total. Todos esos rayos luminosos que se ven y que afectan formas diferentes en cada eclipse, son debidos á la atmósfera del sol y en parte á la nuestra. Al Oeste, inmediatamente sobre el borde negro de la luna se notan tres pequeñas protuberancias; eran de color de rosa, y las del Este eran de un blanco amarillento. Son fenómenos muy curiosos y que todavía no se explican debidamente.

Bueno será advertir que estos problemas dependen de la física y no de la astronomía. Así ha sucedido que el fenómeno anunciado hace muchos años ocurrió á la hora exacta y según los cálculos que se habían hecho, habiendo observadores que fueron á colocarse exactamente sobre la línea central donde debía tener lugar el fenómeno.

Las personas que presencian tales espectáculos no pueden menos de manifestar su admiración por una ciencia que admite tanta precisión. B.



ECLIPSE TOTAL DE SOL, OBSERVADO EN RIO-JANEIRO.

DÉCIMAS.

Será estudio principal
De un soldado verdadero,
El no quitarse el sombrero
Aunque pase el general.
Desprecie á todo oficial,
Hable con ceño cruel,
Y en metiéndose con él,
Sin que la razón le venza,
Encaje una desvergüenza
Al arcángel san Miguel.

Blasone con arrogancia
De incesante matador,
Advirtiendo que el valor
Se vincula en la ignorancia.
Y si alguno con instancia
Le dijere, que algun día
Saber quién es Dios podía,
Responda muy confiado,
Que para ser buen soldado
No es menester Teología.

Si por alguna ocasion
Del pré le faltare el real,
Al vasallo mas leal
Pueda quitarle un millon.
Que en esta contribucion
Es su albedrío la tasa;
Y si con boleta pasa,
Lleve siempre por muy cierto,
Que se entienda en el cubierto
Cuanto encontrare en la casa.

Si va á paja, ya se sabe,
Que es circunstancia precisa
El que traiga la camisa,
La cama, el burro y el ave.
Que desmorone, que cave,
Pues tiene en el nombre regio
Para todo privilegio;
Y si la iglesia está á mano,
Será un grande veterano
Si se engulle un sacrilegio.

Siempre que pueda, correr,
Pues si el caballo se muere,
Darán otro, si el rey quiere
Sus dominios defender.
Echele luego á pacer
En el trigo mas cercano,
Que aunque sea muy temprano,
Y no le cause salud,
Se grangea la virtud
De aniquilar al paisano.

Si se halla en el paraje
De batalla, ponga lista
La potencia de la vista
Al escuadron del bagaje.
Cierre con el equipaje
Con desorden desmedido,
Sin que nada le haga ruido;
Pues muy poco se abandona,
Que el rey pierda una corona,
Si el consiguiese un vestido.

En siendo oficial, la bata
Compre por autoridad,
Y gaste una eternidad
En ponerse la corbata.
Sea voto de reata
De quien la mano le dé;
Hable sin saber de qué,
Estudie con ansia toda,
Por las fases de la moda,
La cartilla del gaché.

Tenga á costa de su afan
Al proveedor muy propicio,
Que le importa el beneficio
De la cebada y el pan.
Quéjese de que no dan
Por mas que triunfe y que vista,
Y no complete la lista
De los precisos soldados,
Que es quitar á sus criados
El que pasen la revista.

Olvide en todo la ley,
Pues sin afan ni desvelo,
Puede encajarse en el cielo
Con la patente del rey.
No lea quien fué Muley,
César, Numa, Eraso, Emilio,
Marcial, Homero y Virgilio,
Pues nadie sabrá mas que él,
Como sepa en el cuartel
La ciencia del utensilio.

Si agua, lumbre, luz y sal
Le debe dar el patron,
Pida por cada racion
A lo menos un quintal.
Convide á todo mortal
A comer sin fatigarse,
Para poder ajustarse
En la mayor conveniencia,
Y déjese la conciencia,
Que esto se llama ingeniar.

Tome (afectando virtud)
Lo que añaden los cuidados,
Porque tenga á los soldados
En el lugar con quietud.
Véndales la rectitud
De su empleo natural,
Que la violencia marcial,
Aunque parece espantosa,
No piense que es otra cosa
Que un pecadillo mortal.

En su vida dificulte
Licencia á persona cierta,
Para que la plaza muerta
En su boleta sepulte.
Al arrendador consulte
Sobre vender el sustento
Para el militar exento
De cargas é imposiciones,
Y el que cobre los millones
Partirá su arrendamiento.

Si está el lugar muy cargado,
Ajuste su evacuacion,
Y venda por compasion
Al general su tratado.

Inste y ruegue porfiado,
Aunque le responda tibio,
Hasta lograr el alivio,
Que con lo que él se enriquece
Carga el otro, y se merece
La fama de Tito Livio.

Si ir á la corte desea,
Su ausencia puede ajustar,
Que es bien que pague el lugar
Aquello que él se pasea.
Junte toda la asamblea,
Y proponga al consistorio
Un reformado notorio,
Que está ausente y vendrá presto,
Y ajústelo, que por esto
No ha de ir al purgatorio.

Si marcha, vaya delante
Por los lugares cercanos
El Neron de los paisanos,
Verbigracia, el ayudante.
Abstélvase luego al instante
Al que deja los cuatrones;
Y si se aloja á los fines,
Sus setecientas boletas
Las ha de tener completas
Aunque pase á los maitines.

Advierta que los que vienen
A ajustar su alojamiento,
Han de dar ciento por ciento
De las plazas que no tienen.
Diga que allí se detienen
Otro dia, y luego aparte
Vendrá el cura, quien con arte,
Que se vaya ajustará,
Cobre el censo, y marchará
Con la música á otra parte.

Diga al alcalde cuitado
Que nunca se cobrarán
De la cebada y el pan
Los recibos que ha tomado,
Cómprselos de contado
Por una inútil porcion,
Y luego en la provision
Tendrá ganancia segura,
Que esto no es mas de una usura
Con bonísima intencion.

Defienda sin argüir,
Pero no sin porfiar,
Que el soldado puede hurtar
Para comer y vestir.
Que el patron ha de sufrir,
Ya que vasallo se nota,
El mantenerle la bota,
El reló con la cadena,
Almuerzo, comida y cena,
Vanidad, caballo y sota.

Inflame, en fin, su elocuencia
Con términos de Antubion,
Suelte una manutencion
Aforrada en subsistencia.
Saque la pobre conciencia
De sus límites estrechos,
Pues no son mas estos hechos,
Que ingenio, sabiduria,
Arbitrios, economia,
Manos libres y provechos.

E. GERARDO LOBO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — De los prendidos de baile. — Gran baile de beneficencia en el Teatro de la Opera. — Una señora con charreteras de diamantes. — Primeros prendidos de baile. — Los vestidos cortos. — Los tocados griegos. — Los tocados de teatro. — Sombreros nuevos. — La moda de los peines calados. — Tocados de flores naturales. — Descripción del figurin que representa trajes de baile de máscaras.

La moda se ocupa activamente de los trajes de baile. En el de la Opera á beneficio de los pobres se vieron prendidos muy lujosos. En el número de ellos citaré un vestido de terciopelo color de melocoton, cubierto con una túnica de encaje de Inglaterra recogida en torno de la falda con diamantes que valían setenta mil francos. No exagero, y podría decir el nombre de la señora que llevaba esta riqueza. El corpiño tenía una drapería extraña, un poco á la gitana, con bandas de terciopelo que partían de una charretera de diamantes, y se cruzaban con puntas sueltas sobre el pecho.

Esto de las charreteras es otra verdad: la señora en cuestion llevaba dos, una en cada hombro: eran charreteras de emperatriz, nada menos que eso. En el corpiño lucía un ramo de diamantes y esmeraldas. El adorno de cabeza era tambien de pedrerías.

Otros prendidos habia menos ricos, pero bonitos igualmente; enumeraré algunos:

— Un vestido de tul blanco afollado de tul con corpiño y túnica de tafetan color amarillo (*souci*); la túnica cae hasta media falda; sobre el corpiño ramillete de flores de lúpulo color amarillo con follaje oscuro; dos de estos ramajes caen rodeando los contornos de la túnica, y otros dos suben hasta los hombros y el pecho. Las mangas llevan un velo largo de tul ilusión flotando sobre el vestido. La orla de la falda de tul lle-

va flores de lúpulo con follaje oscuro. No hay nada mas bonito que este vestido para una mujer morena.

— Un vestido de tul blanco con draperías de tul sostenidas de distancia en distancia por jacintos blancos con follaje verde aterciopelado. Este vestido figuraba tres faldas recogidas y cubiertas con un inmenso velo de tul sembrado de chispas de oro.

— Un vestido de crespon color de paja con doble falda, la segunda falda lleva guarnicion de blonda recogida en drapería con cordones de azaleas paja.

— Un vestido de terciopelo grosella de los Alpes con adornos de encaje de Chantilly á los lados.

— Un vestido de tarlatana con nueve pequeños volantes orlados de blonda y túnica de tul blanco sembrada de perlas blancas que cae sobre los volantes de tarlatana.

— Un vestido de tafetan malva de doble falda guarnecida cada una con una galería de terciopelo malva cortada en ondas é ilustrada con pasamanería de seda blanca formando collares de perlas finas. El corpiño escotado llevaba en forma de berta otra galería semejante de terciopelo malva. En la escotadura un rizado de tul formado de pequeñas ruches vaporosas; para una mujer delicada este adorno es preciso.

Voy á describir ahora un traje de vestir que me parece admirable. — Es un vestido de terciopelo escocés azul, verde y negro, con un filete satinado blanco que separa los cuadros. La falda remata en una alta galería de terciopelo negro serpenteando en festones redondeados, y orlada de flores no me olvides de perlas negras. Sobre este hermoso vestido se lleva un chal albornoz de terciopelo escocés adecuado al vestido con un fleco formando redecilla sembrado de perlas de azabache.

El sombrero es de fondo de raso blanco con ala de terciopelo azul y verde y dos hebillas de terciopelo negro sostenidas sobre el ala por una hebilla de acero.

Poco á poco la moda nos va llevando á los trajes antiguos. Las faldas se guarnecen en la orla como en el tiempo del primer imperio, las mangas se cierran, los corpiños se hacen con cinturón, se llevan hebillas, y mas aun se estila un *portafalda Pompadour* que acorta los vestidos. El mecanismo de este porta-falda es muy sencillo: es un ancho cinturón con muchas tiras de goma elástica conductoras adaptadas al ahuecador; se tira de la goma elástica en el punto por donde se quiere que se recoja el vestido. Las grandes coquetas hacen describir á las faldas de sus vestidos mil pliegues diferentes.

Contra esta moda van á protestar las que no tienen un pié digno de ser visto. Lo mismo son las modas que los colores; no á todas convienen igualmente.

El tocado ha sufrido grandes cambios: domina el estilo griego, y todas nuestras hermosas se peinan como las estatuas del Louvre. Los tocados de cintas y de flores siguen el mismo rumbo.

Hé aquí varias descripciones:

— Un tocado catalan compuesto de tres cuadros de terciopelo negro, con una redecilla negra y oro y borlitas oro y negro.

— Un tocado Venus de Milo con campanillitas de terciopelo azul y ramaje de oro.

— Un tocado parisiense formando un doble bandó de terciopelo negro retenido á cada lado por un broche bizantino esmaltado de pedrerías. Por detrás una ancha estrella de terciopelo negro encerrada á cada lado en un rico brazaete antiguo. En medio de la estrella brillan dos gruesos botones de perlas finas rodeadas de diamantes. Este es un medio para utilizar las pedrerías que se ponen.

— Una toca Czarina de terciopelo plegado color de púrpura representando un pequeño fondo orlado de blonda que cae por un lado, en tanto que por el otro se ve una rama de flores de América con follaje purpurino.

— Un tocado Duquesa de terciopelo verde y espigas de oro. Las espigas de oro están retenidas por lazos de terciopelo.

— Un tocado compuesto de dos rulós de terciopelo negro ilustrados de perlas de oro, con uvas negras y oro por un lado y otro, dejando caer sobre el hombro collares de perlas de oro.

— Una pequeña papalina del tiempo de Luis XV de terciopelo cereza que remata en punta, y orlada de encaje negro con lazo de terciopelo á cada lado. Un pequeño fondo muy gracioso describe espirales de terciopelo cereza y de blonda.

— Un tocado de niña compuesto de una guirnalda de yedra con rosas escondidas entre las hojas.

Ya que estoy en los tocados quiero señalar tres bonitos sombreros.

Uno para teatro, de tul blanco afollado con catalana de encaje negro rodeada con un volante de blonda blanca que pasa por el afollado de tul. El bavolet de tul va orlado de terciopelo negro con encaje negro sobre el bavolet. Por un lado cascadas de blonda y cintas de terciopelo negro. Por dentro drapería de terciopelo negro con rosas por un lado.

Otro para vestir, de terciopelo color de melocoton y raso blanco. En el ala drapería de terciopelo cayendo por un lado. El casco es de raso blanco y lleva un bavolet de terciopelo malva. En el interior cordón de terciopelo reteniendo á cada lado un ramillete de plumas blancas.

Otro de terciopelo real blanco, con el ala de terciopelo azul de China, y una cocha de encaje negro sosteniendo por un lado un pájaro de plumas de gallo blancas. Por dentro drapería de terciopelo; cintas de terciopelo.

Pasemos á los tocados de flores.

Los peines calados vuelven á estar de moda, así como los pendientes largos.

Los tocados de flores naturales están muy á la moda. Voy á señalar algunos de los mas elegantes:

— Una corona compuesta de dos cordones de follaje verde polvoreado de oro con narcisos blancos. Muchos ramitos de narcisos se escapan del follaje donde brillan tambien margar-

ritas de oro. Este ramaje ilustrado de margaritas de oro es una novedad de Dvteis; se pone tambien sobre tul blanco ó verde mar.

— Un tocado Florian, reproducido con un cordon de cinta rosa, sosteniendo en medio un lazo de tafetan rosa; á las puntas lleva capullos de rosa. A cada lado hay rosas de cien hojas con follaje. Por detrás hay dos bandas de tul ilusion con puntas flotantes.

— Un tocado chino compuesto de una drapería de terciopelo melocoton con lazos de oro; por un lado flores de agua y por detrás dos puntas de terciopelo con flecos de oro.

— Un tocado de page de Francisco I con un ancho ruló de terciopelo purpuro sobre el cual serpentea un cordon negro y oro que se desarrolla por un lado y cae en fleco negro y oro. En torno de este ruló de terciopelo se ven flores orquídeas de terciopelo purpuro con corazon de oro y un magnifico follaje con los matices de la luz eléctrica.

— Un tocado redondo de pensamientos color de malva con pluma de yaba rizada, que cae por un lado sobre el hombro.

— Un tocado Hebé de rosas y capullos de rosa sin follaje. Sobre la frente lazo de capullos de rosas, y á cada lado ramos de rosas abiertas con follaje caido de botones de rosa.

— Una corona de anémonas verde claro con follaje polvoreado de diamantes y gotas de rocío sobre la yerba.

— Un tocado Fatima con un ruló de terciopelo negro sostenido por un lado con un lazo de terciopelo color de rosa y ramitos de rosas, de matices cereza, rosa y blanco.

— Un tocado María Antónieta, compuesto de ramitos de jacinto verde con lazo de follaje de un verde mas oscuro y hojas naturales polvoreadas de diamantes. Dos filetes de oro se destacan sobre los jacintos; estos filetes se reemplazan con estrellas de diamantes. Fichu Antónieta para el corpiño y coronas de jacintos para recoger las tres faldas de tul.

— Un aderezo completo de lilas de matices variados. La corona tiene sobre la frente un lazo de verdura y ramaje de lilas por detrás. En el corpiño y en las tres faldas de tul, draperías adornadas con lilas.

— Un aderezo de pensamientos de terciopelo grosella con matices de oro y yerbas.

— Otro de violetas de Parma con estrellas de diamantes. Termina con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de baile de máscara:

El primer traje es moldavo. Gorrito de terciopelo azul bordado de oro; camisa de batista con mangas anchas flotantes. Tirantes de terciopelo punzó. Chal bayadera. Tocado, collar y brazalete de cequíes. Babuchas de terciopelo bordadas de oro.

El segundo traje es de suiza. — Primer zagalejo de lana encarnada; segundo zagalejo de lana verde, mas corto que el de debajo. Delantal de tafetan rayado. Corpiño de raso ó de afetan violeta claro con pequeñas faldetas. Mangas lisas con bocamangas de terciopelo negro bordado. La pieza del delantero del corpiño es de terciopelo negro con filete de terciopelo punzó. La lazada que la atraviesa es de oro. Camisolín de batista con pliegues. Pieza de cuello de terciopelo negro bordado. Gorrito de terciopelo punzó, con franja de terciopelo negro. A cada lado un lazo de terciopelo negro con largas puntas. Medias verdes con bordados encarnados.

El último traje es de señora del tiempo de Francisco I. Vestido de raso junquillo con bandas de raso punzó, con orla de terciopelo negro. Corpiño escotado con ribete de terciopelo negro. Falda interior de raso blanco. Mangas de tul blanco con afollados que salen por las mangas lisas del vestido. Camisolín de tul blanco plegado con puntilla de encaje por el cuello. En la cabeza redécilla de oro y toca de terciopelo negro, adornada con plumas blancas. Gruesa cadena de oro sobre el pecho.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Los caballos de raza.

I.

EL CABALLO ÁRABE.

En la especie caballara, la pureza de raza es mas que una cosa convencional, es un hecho fundado en los cuidados que se han tenido para conservar en los animales de una familia escogida las cualidades mas elevadas y las ventajas mas preciosas de que era susceptible la naturaleza del caballo. Corroboramos este hecho el buen resultado de la obra. Hace siglos que se puede mantener la raza pura, no solo en la madre patria, sino en cualquier país á donde se trasladan los caballos de raza. Lo único que hay que hacer es no cruzarlos, y prodigarles escrupulosamente todas las atenciones indispensables para su conservacion. Ese es todo el misterio.

Vamos á materializar esta cuestion, dudosa para muchos, de la raza pura, y trataremos de que se nos comprenda.

La sangre, resultado de todas las absorciones, encierra á la vez los materiales de nutricion y los que, alterados por la accion vital, no podrian ya formar parte del organismo sin peligro. Se halla desprovista de estructura, y por esto la han negado la vida mucho tiempo, pero la posee evidentemente, la da, y por ella viven todos los órganos, todos los tejidos; la sangre está agitada de un movimiento molecular como espontáneo, por el cual aumenta su sustancia, la disminuye ó la renueva, y ella ofrece los tres grandes fenómenos que son los efectos de este movimiento: la absorcion, la asimilacion y la secrecion. Por último, no la han llamado *carne corriente*. Expresion admirada, pero incompleta ó inexacta, pues es mas que carne que corre, es la trama orgánica entera en el estado fluido, y todos los

sólidos, sean cuales fueren, no son mas que sangre modificada y consolidada.

Y efectivamente, ¿qué quiere decir raza ó sangre pura? Densidad y peso compacto de los huesos; elasticidad, fuerza de la fibra muscular y energía de sus contracciones; resistencia, volumen y limpieza del tendón; fuerza de los ligamentos; volumen, desarrollo y solidez de todas las vísceras, de todas las membranas, de todos los canales, cuyo tejido ó trama se muestran tan enérgicos; desarrollo del cerebro, centro de la inteligencia, de la fuerza moral, punto de partida de las cualidades mas brillantes; perfeccion de los sentidos cuyos instrumentos no pueden ser en este caso ni toscos ni imperfectos; riqueza del temperamento sanguíneo; brío en la actitud, seguridad y fiereza en la mirada; finura de la piel y delicadeza de las crines; una sensibilidad exquisita, y por último armonía de formas y de estructura general, que en el conjunto resulta necesariamente de todas las perfecciones de detalles.

Este es el aspecto característico del caballo de raza pura, del *race horse*, como dicen los ingleses. Veamos ahora qué diferencias nacen de su degeneracion, de los cambios que sobrevienen en la combinacion ó en la proporcion de sus diferentes elementos, por causa de la existencia del caballo en condiciones desfavorables para la conservacion de su nobleza y de sus altas cualidades nativas.

El caballo degenerado, el antípoda del otro, tiene el aire humilde, triste y estúpido; el ojo apagado; las formas toscas, mal juntas, feas; el andar lento y pesado; la actitud apática. Los mismos defectos tiene interiormente; poca vida en los diferentes órganos, indolencia extrema en todas las funciones, predominio del elemento acuoso en la sangre; abundancia de una linfa espesa y de una grasa amarillenta que penetra todos los tejidos, obstruye todas las vías y embaraza todos los movimientos... Hay vida, pero es una vida sin calor.

Entremos en el exámen de la forma, y veamos cómo ha conservado todo su principio, aunque encerrado á veces en cuerpos muy distintos.

La primera que conocemos data de los tiempos mas remotos, y es la forma árabe. Al civilizar el caballo de la naturaleza, los árabes conservaron en todos los caballos las altas cualidades de la especie; y al purificar sin cesar las diferentes familias de esa raza en su estructura interior y su configuracion exterior, las dieron toda la perfeccion compatible con la especialidad del empleo del caballo en Arabia. En fin, supieron mantener en ella en toda su integridad el principio generador de las aptitudes mas opuestas.

Así es que la raza árabe ha llegado á ser la raza madre — *magna mater*. Algunas variedades orientales, sus emanaciones directas se quedaron puras tambien, si bien tratadas con menos cuidado fueron perdiendo de día en día su importancia.

En Europa dos ramos solamente han salido del tronco con el atributo especial de la pureza de la sangre, el caballo de raza inglés y la familia anglo-árabe, igualmente pura y creacion exclusivamente francesa. Estas dos ramas han hecho comprender la facultad de la raza árabe de transmitir en todos los climas la fuerza inherente á la especie, su poder hereditario, su fuerza de generacion pura y entera.

La excelencia del caballo árabe fisiológicamente estudiado está en que las cualidades fundamentales de la especie, las facultades mas íntimas de su naturaleza, hallan en las condiciones de su estructura, en la disposicion de todas las partes del cuerpo, la mejor combinacion física, las proporciones mas justas y mas propias para su entero desarrollo.

Se puede juzgar al primer golpe de vista: como todo lo que es hermoso y bueno en realidad llama la atencion y admira, se nota que ha de tener vida y resistencia, y participan de esta admiracion aun los menos inteligentes.

El Oriente posee muchas familias caballares de alta distincion. Aunque cada una de ellas tenga un nombre propio, todas sin embargo parecen depender de una denominacion genérica, la de *kohel*, que implica siempre la calificacion de raza pura.

El *kohel*, el *koelani* y sus congenerados, llaman sobre todo la atencion por la correccion de las líneas, por la perfecta elegancia de las formas y por indicios irrecusables de fuerza; tiene la piel gris, gris trucha, bayo y alazan y á veces negro, el pelo fino y sedoso, el tono vigoroso, brillante, con reflejos plateados, dorados y bronceados; los alemanes dicen que tiene el brillo del raso y no se engañan.

El caballo árabe tiene de 1^m48 á 1^m55. Los hay mas pequeños y mas grandes, indicamos el término medio. En todos repetimos que la primera perfeccion resulta del conjunto armónico de todas las regiones del cuerpo.

El lector nos agradecerá que pasemos en silencio las consideraciones técnicas en que podriamos apoyarnos para demostrar toda la superioridad de organizacion del caballo de sangre oriental. Preferirá que le digamos en resumen que la perfeccion es la misma en todos los instrumentos de la vida. Sin embargo, en el sistema nervioso se la encuentra en mas alto grado. La accion nerviosa domina y dirige todas las funciones, y de ella resulta en el conjunto una gracia de movimientos y una ligereza excepcionales.

Sin embargo, no nos hagamos ilusiones; el caballo tan perfecto escasea. Los viajeros que lo han visto, le ponderan mucho; y todos están contextes en asegurar que pocos individuos pertenecientes á las familias escogidas han salido del Oriente para venir á Europa.

Aquellos que en el país ocupan la segunda categoria, no tienen esa suprema distincion, ni son tan perfectos en sus formas. Estos abundan y se compran fácilmente.

Para que no se dé á lo que precede una falsa interpretacion, vamos á explicar bien nuestro pensamiento:

El caballo árabe de raza pura es la expresion mas elevada del caballo bueno y hermoso; es el prototipo de la especie;

Con proporciones llenas de armonía, conserva el germen de todas las cualidades propias del caballo, el principio y la causa de todas las aptitudes que puede tener;

Hay en él perfecto equilibrio entre todas las fuerzas de la economía;

Por último, correspondiendo exactamente á las necesidades particulares del pueblo árabe, no tiene otra especialidad que la de contenerlas todas.

A esta última ventaja debe el ser tan completo y tan superior á todas las demás razas de la tierra; esto hace tambien que no sea caballo para todos, y que para llenar exigencias muy diversas, debe sufrir importantes y numerosas modificaciones, y de ahí esas variedades ó esos tipos tan diferentes que existen en todos los puntos del globo.

El caballo es indispensable para el hombre, y por esta razon quiere apropiarle á sus necesidades. Pero no todos los lugares á donde le traslada son propicios para la conservacion de las buenas cualidades de la especie; en todo tiempo ha tenido que recurrir á la raza pura cuando la otra comenzaba á degenerar. De aquí las importaciones frecuentes del caballo padre, sujecion penosa y dificultad enorme, pues no se halla con facilidad, ni su autenticidad es siempre completa. De este modo la mejora de una cria considerable no daba resultados sino á medias. De aquí la idea de conquistar el caballo de raza pura en la madre patria, y de reproducirle entero en otros países. Se ha logrado en cuanto al principio, pero la forma ha cambiado en razon de la aptitud desarrollada en los nuevos productos.

Sea como quiera, la raza andaluza, que durante ocho siglos ha sido la raza superior entre los caballos de Europa, fué la primera naturalizacion del caballo árabe de noble extraccion en esta parte del mundo. Desapareció, generalmente hablando, con las necesidades que llenaba, y fué reemplazada por el caballo de raza inglés, que en su principio, es decir, durante un siglo, no fué mas que la reproduccion exacta de la raza oriental, aunque bajo la influencia de hábitos diferentes, de trabajos de otro género y de otras exigencias; la naturaleza un poco concentrada de la raza árabe se desarrolló poco á poco, y sus hijos ingleses tomaron una forma nueva mas apropiada á las exigencias actuales.

En cambio, poco á poco la forma árabe se fué haciendo insuficiente. A cada generacion perdía en proporcion lo que la otra ganaba. La civilizacion actual necesitaba un motor mas desarrollado, mas corpulento, de paso mas largo y rápido, capaz de desplegar en un tiempo corto mayor cantidad de acciones. La necesidad proponía un problema difícil, la ciencia precisó los términos, y despues de algunas tentativas la práctica halló la solucion: de aquí resultó un caballo nuevo, ó mas bien una nueva forma, á la que se ha dado un nuevo nombre. — Así salió el caballo de raza inglés del caballo de raza árabe.

II.

EL CABALLO INGLÉS.

Descendiente inmediato y sin mezcla del caballo árabe puro, el caballo de raza inglés no tiene ni su corpulencia ni su talla, no tiene las mismas condiciones de estructura, y esto hace que sean otras sus aptitudes. Sin embargo, conserva por la sangre con sus autores, mas que una afinidad, una filiacion directa no interrumpida y sin mezcla extranjera.

Mantenido así en su principio y en su esencia, el caballo padre se hizo propio con ciertas modificaciones para la mejora de las diferentes razas europeas. Quedó tan entero en su principio, que pudo ser sacado de Inglaterra y reproducido por todas partes siempre el mismo, á favor de los mismos procedimientos de reproduccion, de alimentacion y de cria.

La diferencia de aptitud tiene su causa en las diferencias que presenta la configuracion, aun fuera de las dimensiones corporales, mas dilatadas en el inglés que en el árabe. Este se halla construido para la duracion y la resistencia como hemos dicho ya; en el primero la disposicion es otra; las líneas son mas largas y mas altas, las fuerzas se hallan menos concentradas; tiene tanta solidez y fuerza como el otro, pero una disposicion diferente determina acciones distintas; si por una parte hay menos duracion, por la otra hay mas intensidad absoluta, mas poder. El equilibrio no existe en el caballo inglés; la velocidad ha ganado á espensas de la fuerza.

Pero estas modificaciones solo atañen á la forma; no han atacado al fondo, al principio de las condiciones inherentes á la sangre, que por el contrario se hallan al abrigo por los hábitos, por el modo de cria exclusivo y racional que conservan á la reproduccion de la raza inglesa todo su valor como tipo superior, y propio para producir otras formas adecuadas á exigencias varias, facultad que solo pertenece al caballo de raza pura.

Las ventajas de la raza inglesa pura son de dos clases. Tiene primeramente las que pertenecen á la pureza misma de la raza, y luego las que resultan de una forma mas desarrollada, de una fuerza de expansion que debe á su régimen, á cuyo beneficio ha podi-

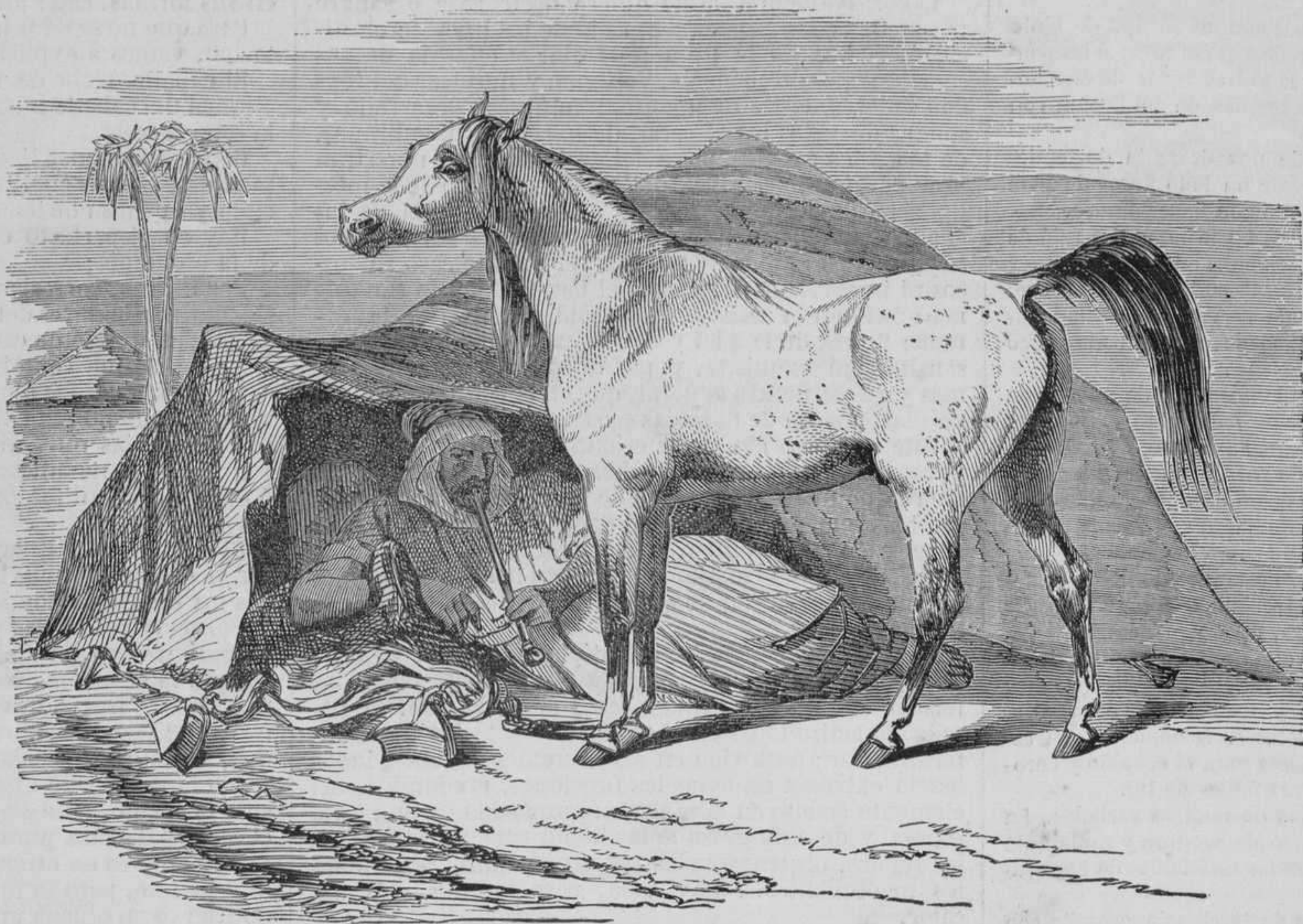
do mantenerse siempre tan entera y tan poderosa. Bajo este concepto realiza mas inmediatamente que el caballo árabe en las razas secundarias las aptitudes apetecidas en esta época. Por esto sus partidarios la consideran como un perfeccionamiento de la raza árabe. Bajo un punto de vista especial, la pretension es admisible; sin embargo, una especialidad por brillante que sea no es en cierto modo mas que una fraccion, una parte de un todo cualquiera. Ahora bien, nosotros hemos tratado de establecer que era propio de la raza pura el no tener especialidad por la razon de que las contenia todas.

El desarrollo exclusivo de la especialidad ha perjudicado á las otras facultades; en Inglaterra el caballo mas perfeccionado es aquel que ha vencido mas veces en las carreras.

En Oriente la pureza de raza se funda sobre todo en su antigüedad y su constancia; en Europa, ó mejor dicho, en Inglaterra, su mérito mas alto es su velocidad; llevan los ingleses hasta la exageracion el desarrollo de esta facultad única. A ella lo sacrifican todo; y así olvidan los verdaderos principios de la sana reproduccion de los seres, y la naturaleza violentada se venga destruyendo la obra de conjunto que se habia logrado siguiendo sus leyes. Toda facultad no puede desarrollarse mas que hasta cierto grado, y pasado este se acaba el equilibrio; el cuerpo pierde por una parte lo que gana por la otra. Aumentada así una fuerza, engendra mil flaquezas. Un tiro desigual no marcha bien y dura poco; el caballo mas fuerte cansa pronto á su compañero, gastándose tambien con la fatiga que le toca. De esta exageracion especial nacen defectos de forma, vicios de estructura, pobreza real de las facultades físicas, y por último la degeneracion de la raza. Esta es la suerte inevitable de todas las especialidades en cuanto caen en el exceso.

Tal es pues el caballo de raza estudiado bajo las dos formas mas brillantes que se han conocido: la forma árabe y la forma inglesa. La primera se ha conservado intacta á través de los siglos; este hecho no es extraño en sí, pues nada cambia en Oriente; la sublime descripcion del caballo por Job, contemporáneo de los tiempos fabulosos, se aplica aun al koclani de nuestros dias. La fortuna ha querido que esa forma fuera la perfeccion de la especie, es decir, que ofreciera entre todas las partes de la máquina la igual reparticion de las fuerzas y de las ventajas que dió el Criador á la naturaleza del caballo. — Durante un siglo los ganaderos ingleses, émulo de los orientales, reprodujeron fielmente la forma árabe; pero exagerando poco á poco el modo de reproduccion y de cria seguidos en Inglaterra, modificaron sucesivamente la estructura primitiva. Salió una nueva forma; ciento cincuenta años de perseverancia en el mismo sistema alejaron á las dos razas, de modo que hoy difieren entre sí tan completamente, que son dos tipos distintos. La constancia del caballo árabe recuerda la permanencia misma de la especie; la exageracion de la forma inglesa solo ha conducido á una especialidad, y está en la condicion de esta el desaparecer en un tiempo dado.

La raza andaluza, esta especialidad de otra época, duró mas de ocho siglos, y obtuvo unánime aceptacion en el mundo. Al principio y quizá durante dos siglos, el caballo que un dia debia llamarse andaluz, era el caballo árabe por excelencia. Reproducido despues, criado para un destino diferente del de las razas orientales,



TIPO DE CABALLO ARABE DEL RAZA PURA.

se alejó poco á poco de la forma de sus autores y tomó un nombre nuevo. Era lógico; se hizo andaluz y dejó de ser árabe. Entonces las condiciones de estructura se modificaron. El *corcel* del desierto se convirtió en un magnífico caballo de picadero, en un caballo de parada muy estimado. El prototipo de la especie desapareció bajo una forma nueva, creando una especialidad. Los tiempos han variado: lejos estamos ya de la época en

útil. Su único destino es el juego, un juego desenfrenado en las carreras. De aquí la decadencia.

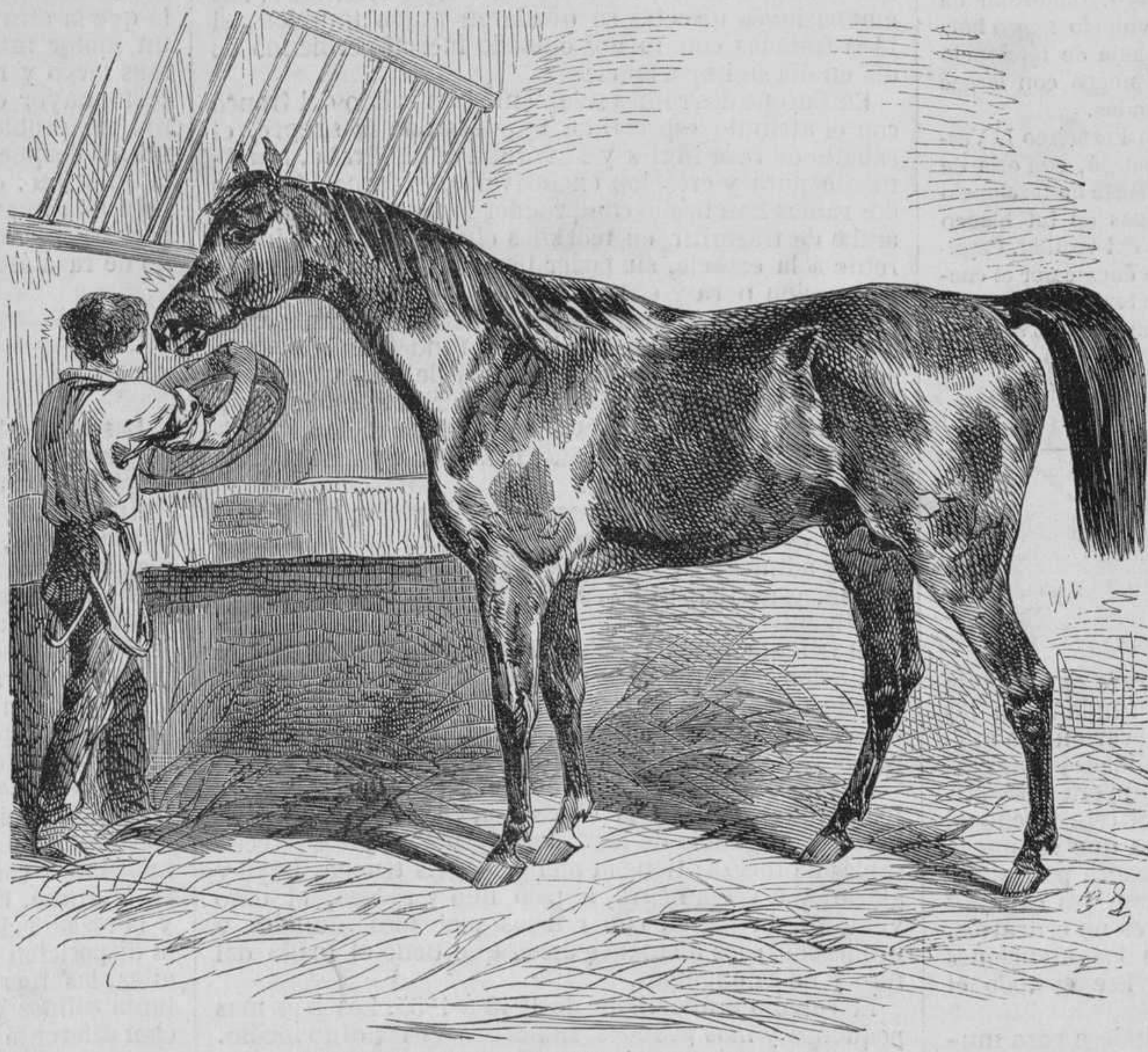
El caballo que se cria exclusivamente para las luchas del hipódromo, cesa de ser el generador capaz de todas las aptitudes, la fuente viva de los méritos propios de las razas ordinarias; da á estas otra cosa que la sangre, las lega sus disposiciones, sus tendencias y su especialidad. Ahora bien, la configuracion en

que esta última se encierra no las conviene. Lejos de eso, las comunica cualidades que resultan inconvenientes y aun defectos; modifica su estructura y su organizacion en un sentido diametralmente opuesto á las que reclaman los diferentes servicios de la época, y los productos son inferiores á las exigencias. Por estos motivos el caballo de carrera debe hallarse destituido de la obra de mejora de que es susceptible el caballo de raza. No está lejos el tiempo en que sufrirá la suerte del caballo andaluz; las mismas causas producen los mismos efectos. Veinte y cinco años bastan para destruir una raza que ha durado muchos siglos.

En medio de estas pérdidas el caballo árabe conserva su preeminencia; pero ya lo hemos dicho, se presenta á nosotros bajo una forma un poco concentrada y que no corresponde á las necesidades generales, las cuales solo pueden llenarse por razas mas fuertes y corpulentas que las del Levante. Muchas generaciones son necesarias para desarrollar su naturaleza y modificarla, segun nuestras exigencias.

El mérito del caballo inglés de raza pura, antes de que fuera especialidad, estaba en que podia dar casi inmediatamente á las razas secundarias la forma mas adecuada á las necesidades de la época. Estos resultados diferentes se debian á ventajas particulares de una y otra raza. La fuerza del caballo árabe, toda de concentracion, resiste largo tiempo, y solo se modifica á la larga; la fuerza del caballo inglés, toda de expansion, permitia realizar mas pronto; su descendencia inmediata era casi el resultado deseado. Tal era el único motivo de preferencia en su favor. Hoy que el caballo de raza desaparece bajo una forma exclusiva, el ganadero no obtiene sino por excepcion la clase de productos que espera; sus operaciones se complican, y el caballo de carrera no llena las condiciones apetecidas. El hecho se generaliza hoy hasta tal punto, que por todas partes la práctica rechaza al garañon de raza pura. Hay en esto un grave peligro para la raza caballar del dia.

E. G.



TIPO DEL CABALLO INGLÉS DE RAZA PURA.

que la práctica habia resuelto este singular problema; producir y domar caballos capaces de andar una legua en seis horas marchando siempre al galope. El andaluz era en todo el antípoda del caballo de raza de nuestros dias, y no se dirigieron por cierto los ingleses á esa especialidad cuando quisieron adquirir y apropiarse una raza noble, un tipo de mejora para todas sus razas que eran tan miserables; se dirigieron al caballo padre, fuente viva y fecunda de todas las aptitudes. La historia de la raza andaluza no es un hecho aislado en

que la práctica habia resuelto este singular problema; producir y domar caballos capaces de andar una legua en seis horas marchando siempre al galope. El andaluz era en todo el antípoda del caballo de raza de nuestros dias, y no se dirigieron por cierto los ingleses á esa especialidad cuando quisieron adquirir y apropiarse una raza noble, un tipo de mejora para todas sus razas que eran tan miserables; se dirigieron al caballo padre, fuente viva y fecunda de todas las aptitudes. La historia de la raza andaluza no es un hecho aislado en